



Pelayos

AÑO 3 – NÚM. 10

25 DE MARZO - 2024

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

© 2021







Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 24

Narraciones 40

Clara y Santiago 47

Las Españas 53

Madre de la Hispanidad 57

Relatos 65

¿Sabías qué? 74

Pasatiempo 81

Cancionero 89

Tienda 91



Pelayo

Nunca debes olvidar que encarnas las Españas, y que te constituye soldado de la Santa Causa el militar en la Comunión Tradicionalista que capitanea el Rey de todos los españoles, desde Barcelona hasta Ushuaia, desde Tejas a Filipinas, todos hijos de la misma Patria que nunca más grande vieron los tiempos.

Hijo de la Iglesia perenne, Cristo Rey te ha escogido a ti, joven pelayo y joven margarita, para convertir a esa porción de la Cristiandad que es la Hispanidad. El mismo último Papa Santo, S. Pío X, nos lo repite con su Magisterio:

*verdaderos amigos
ni revolucionarios
sino*

Eres el formidable
revolución y de sus
hijos: liberalismo,
modernismo,
comunismo,... y
frente. Se

banderas
rezos que no dan a
gritarán consignas
atraerte

oído: *«todos*

*mismo...sólo son pequeñas diferencias las que no nos unen...todos somos
españoles...no hay que ser tan extremista...»*



*«porque los
del pueblo no son
ni innovadores,
tradicionalistas».*

primer y más
enemigo de la
despreciables
conservadurismo,
socialismo,
ninguno vendrá de
disfrazarán entre
rojigualdas, entre
Cristo su Trono,
que intentarán
susurrando a tu

queremos los

La Santa Causa no admite componendas ni negociaciones; no admite ni cesiones ni uniones contra ella; no admite otro Rey que el Rey de las Españas, Enrique V. La Verdad no admite mentiras.





S.A.R.

D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Un proyecto lo tenemos nosotros los carlistas, ellos no tienen proyectos. No tienen tampoco jerarquía, y para conseguir una victoria hay que mantener una jerarquía, no tienen jerarquía.

Van a perder, aunque son una reacción muy compacta, muy nuestra; ellos quisieran salvar el país, pero no lo van a salvar porque no son españoles, no son carlistas.»

Saluda del Capellán



Mi querido pelayo:

El nuevo orden antinatural de la Agenda 2030 quiere introducir en tu dieta una serie de insectos bastante repugnantes, que sólo pueden ser una delicia para la gula de sapos y ranas. Sin embargo, algunos de estos bichos a mí me resultaron sabrosos, tal es el caso de las hormigas colombianas, escamoles y chapulines mexicanos. Dentro de esta carta exótica he elegido el siguiente menú entomófago¹: abejas y moscas. ¡Espera! ¡No te vayas haciendo arcadas! No voy a imponerte la dieta de San Juan Bautista, a base

¹ Que come insectos

de langostas y miel². No temas, espero no servirte nada que te resulte repugnante ni que sea indigesto para tu estómago, pues ya nos dice la Escritura que: *deberéis considerar inmundos a todos los insectos con alas que andan sobre cuatro patas. Pero podréis comer, entre los animales de esta clase, todos aquellos que tienen más largas las patas de atrás, y por eso pueden saltar sobre el suelo, o sea, todas las variedades de langostas y grillos. Cualquier otro insecto alado que tenga cuatro patas, será para vosotros una cosa inmundã. Las moscas tienen seis patas peludas, para traer y llevar suciedad, vehiculando agentes patógenos allí donde se posan. Las abejas tienen también seis, aunque en ellas transportan el polen que fecunda las flores y del que se hace la miel. En consecuencia, quedan descartadas de tu menú, mi propósito es simplemente nutrir tu alma con algunas consideraciones con fundamento *in re* e iremos *per visibilia ad invisibilia*⁴.*

Como has de saber, abejas y moscas son insectos diferentes que obedecen a señores distintos, por lo que bien podrían servirnos para comprender mejor, desde una perspectiva un poco original, la meditación de las Dos Banderas, que San Ignacio nos ofrece en los *Ejercicios espirituales*⁵.

² Mt. III-4 y Mc. I-6

³ Lev. XI-20,23

⁴ *Per visibilia ad invisibilia, por lo visible a lo invisible*, parece ser un eco de una afirmación de la carta a los Hebreos (XI, 3): *por la fe, comprendemos que la Palabra de Dios formó el mundo, de manera que lo visible proviene de lo invisible*. O puede estar inspirado en las afirmaciones de San Pablo: *no tenemos puesta la mirada en las cosas visibles, sino en las invisibles: lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno* (2 Cor IV, 18); o también: *todo cuanto de se puede conocer acerca de Dios está patente ante ellos: Dios mismo se lo dio a conocer, ya que sus atributos invisibles –su poder eterno y su divinidad– se hacen visibles a los ojos de la inteligencia, desde la creación del mundo, por medio de sus obras* (Rom I, 19).

⁵ *Ejercicios espirituales* de San Ignacio. Meditación de las Dos Banderas. Punto 140

Señor y dios de las moscas





Por un lado tienes a Belcebú, señor y dios de las moscas, como lo indican la etimología y como lo nombra nuestro Señor⁶. El señor de las moscas envía a sus sulfurosos súbditos por todas partes, sembrando corrupción, maldad, extendiendo el imperio de Tánatos en toda la creación y el pecado en los corazones. Trata de

imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una grande cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa. Vemos bien que simula asentarse, sólidamente, cuando en realidad su fundamento es inestable, sumido en la zozobra, inquieto y temeroso como siempre están sus siervas las moscas.

Las molestas moscas no tienen paz, pululan inquietas incordiando por la mañana, por la tarde y sobre todo a la hora de la siesta cuando no se

⁶ Mt. X, 25; Mt. XII, 27; Lc. XI, 15



encuentra un mosquíl disponible. Hoy las sufrimos del mismo modo que los egipcios padecieron esta plaga cuando vinieron toda clase de moscas molestísimas sobre la casa de Faraón, sobre las casas de sus siervos, y sobre todo el país de Egipto; y la tierra fue corrompida a causa de ellas⁸. Las moscas, en sentido propio, nos siguen invadiendo y torturando por toda nuestra geografía y, en sentido figurado, y es lo más grave, se convierten en el flagelo de los espíritus.

Las moscas buscan poner sus queresas en las heridas, grandes o pequeñas, infectándolo todo con sus patas sucias de basureros, cloacas hediondas y pozos negros. Siempre que llegan echan a perder hasta el perfume más delicioso, pues una mosca muerta corrompe y hace fermentar el óleo del perfumista⁹. Se refocilan gozosas en cada cadáver o estiércol de no importa qué tipo de animal; vuelan inquietas hasta poderlo encontrar y lo suelen hallar fácilmente pues todo está pringado de maldad, porque desgraciadamente lo que más abunda en este pobre mundo es la suciedad física o moral. Como aborrecen lo limpio, tienen tirria de todo lo puro, propagan la inmundicia con frenesí. Esa es su obsesión, poder descubrir todo aquello que es malo, sucio, torpe, impuro y así multiplicarlo. De todo lo execrable nutren su desgraciada existencia y si alguna brisa trae noticia hasta sus narices de algún olor a podrido bien nauseabundo, vuelan presurosas a solazarse en la inmundicia y allí permanecen. Enfangadas en el

⁷ Sitio para recogerse huyendo de las moscas, en las horas del resistero estival.

⁸ Ex. VIII-24

⁹ Ecl X-1

vicio y la malicia perdieron su libertad, esclavas del mal para siempre.

Las infectas moscas son demócratas por eso proliferan en la masa anárquicamente, ellas como las langostas, que no tienen rey, pero todas salen en escuadrones^o se dedican a satisfacer su voraz egoísmo individualista. Existen y propagan por todo el mundo

el caos igualitario de las pocilgas infernales.

Reína y Madre

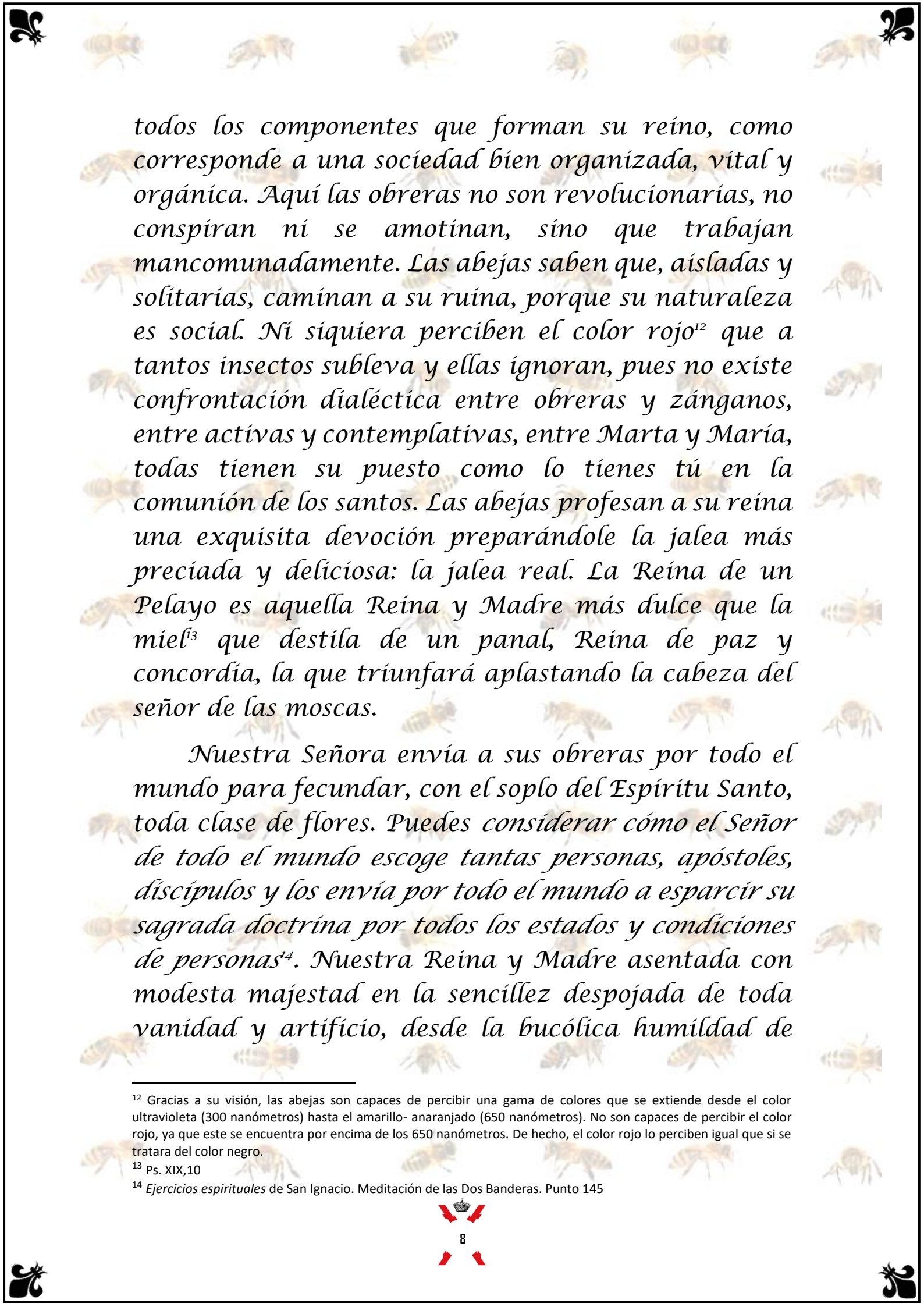


En cambio, las abejas son monárquicas, tienen una reina que las preserva de la confusión y

el caos. La podrás distinguir por su tono azulado, semejante al que viste la Inmaculada. Ella no es solo reina, también es madre, puesto que las millares de abejas que habitan la colmena son todas hijas suyas, por esa razón entre ellas existe un fortísimo vínculo fraternal. Su presencia comunica paz y tranquilidad a su enjambre y establece un vínculo de unión¹¹ entre

¹⁰ Prov. XXX- 27

¹¹ Col. III, 14. *Super omnia autem haec, caritatem habete, quod est vinculum perfectionis.*



todos los componentes que forman su reino, como corresponde a una sociedad bien organizada, vital y orgánica. Aquí las obreras no son revolucionarias, no conspiran ni se amotinan, sino que trabajan mancomunadamente. Las abejas saben que, aisladas y solitarias, caminan a su ruina, porque su naturaleza es social. Ni siquiera perciben el color rojo¹² que a tantos insectos subleva y ellas ignoran, pues no existe confrontación dialéctica entre obreras y zánganos, entre activas y contemplativas, entre Marta y María, todas tienen su puesto como lo tienes tú en la comunión de los santos. Las abejas profesan a su reina una exquisita devoción preparándole la jalea más preciada y deliciosa: la jalea real. La Reina de un Pelayo es aquella Reina y Madre más dulce que la miel¹³ que destila de un panal, Reina de paz y concordia, la que triunfará aplastando la cabeza del señor de las moscas.

Nuestra Señora envía a sus obreras por todo el mundo para fecundar, con el soplo del Espíritu Santo, toda clase de flores. Puedes considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos y los envía por todo el mundo a esparcir su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas¹⁴. Nuestra Reina y Madre asentada con modesta majestad en la sencillez despojada de toda vanidad y artificio, desde la bucólica humildad de

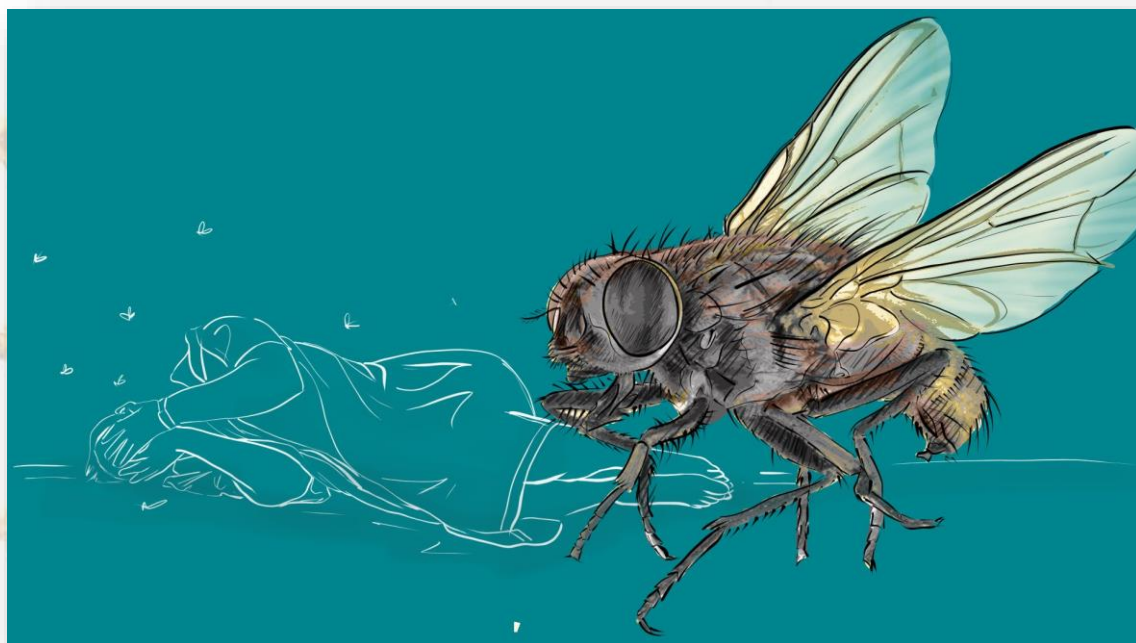
¹² Gracias a su visión, las abejas son capaces de percibir una gama de colores que se extiende desde el color ultravioleta (300 nanómetros) hasta el amarillo- anaranjado (650 nanómetros). No son capaces de percibir el color rojo, ya que este se encuentra por encima de los 650 nanómetros. De hecho, el color rojo lo perciben igual que si se tratara del color negro.

¹³ Ps. XIX,10

¹⁴ Ejercicios espirituales de San Ignacio. Meditación de las Dos Banderas. Punto 145

una colina, te envía en misión por campos, valles, huertos y jardines para dar y recibir lo mejor que las flores te dan, con tal de que tú otorgues aquella caridad que las hace fecundas, en justo y admirable comercio que permite que se establezca entre nosotros el reino de la Caridad¹⁵.

Nunca verás ociosas a las abejas cuando llega la primavera; ellas saben esperar a que pase el invierno; sobreviven apiñadas rodeando a su reina, dándose



calor mutuamente. Cuando las que están en la periferia exterior de la pila ya no soportan más el frío, se introducen en el interior, siendo remplazadas por las que están calentitas. Mientras tanto trabajan en los claustros interiores de sus colmenas, preparan la cera virgen con la que se hará el cirio que, encendido en la noche pascual, anunciará el fin del reino de Belcebú. Las abejas trabajan solamente fuera



¹⁵ Mt. VI, 10

cuando alumbra el sol, no son hijas de las tinieblas, cuando llega la noche se recogen en sus celdas esperando el amanecer.

Las abejas pasan por alto y desprecian todas aquellas inmundicias que deleitan a las moscas, con viento a favor o en contra vuelan hasta cien kilómetros cada día. Trabajan recogiendo el polen de flores grandes y chiquitas, humildes o soberbias visitando hasta siete mil flores en un solo día. Ellas liban en cada una ese polen que será miel dulce en los panales. Además, mientras fabrican la miel, las hacendosas abejas limpian, ordenan, reparan su colmena y se aseguran de que esté bien ventilada, para que mantenga la temperatura adecuada. No hay labor pequeña cuando la intención es noble y santa.

La inmunda mosca es más cobarde que el pecado y escapa cuando sospecha de algún peligro. Cualquier sombra es una amenaza que la aterroriza, por eso huye despavorida y su efímera y su miserable existencia está llena de inquietud y zozobra. Por el contrario, la abeja es valiente y si ha de defender a los suyos —porque inmolarse para sí misma sería un absurdo—





reacciona heroicamente cuando percibe que han matado a una de las abejas de su enjambre y sacrifica su vida picando al agresor para proteger su colmena, dejando en la estocada sus mismas entrañas. Y aunque hablamos de flores y mieles, su comportamiento nada tiene de cursí porque la abeja defiende con alma, corazón y vida esa colmena que es la suya. Aunque sean cientos las colmenas del apiario, para ella es su único hogar, su ciudad, su reino, allí nació y por ella muere, ¡por su reina y su colmena! ¡Por su madre y sus hermanas! Nos da un ejemplo acabado de aquello que San Agustín nos enseña a la hora de construir la Ciudad de Dios, que se edifica prefiriéndola y amándola hasta el desprecio de nosotros mismos. A su enjambre se debe y para ellos reserva la miel de una caridad, jerárquicamente bien ordenada y conservada en armoniosos alvéolos; no se comporta como aquellos que para los suyos destilan hieles, mientras por fuera derrochan sus mieles agasajando a insectos foráneos.

En el universo apícola, la abeja manifiesta de una manera muy singular el heroísmo de su caridad por el bien común de la colmena y lo lleva al extremo de la abnegación total, pues al darse cuenta de que va a morir, sintiendo que se acerca su última hora emprende su vuelo final para dejar sus restos lo más lejos posible del hogar; así evita ensuciar el ambiente y darles más trabajo a sus hermanas. Las únicas abejas que fenecen en la colmena son aquellas que mueren por accidente, de frío o de hambre, o que son asesinadas por algún depredador.

Esto debería ayudarnos a honrar la memoria de aquellos que en el campo de batalla no tuvieron ni las lágrimas de una madre, ni la mano de un hijo que cerrara sus ojos cuando murieron solos por Dios, su patria, sus libertades y su rey. Es nuestro deber exaltar la memoria de aquellos héroes que fueron "plus ultra" a llevar la civilización católica allende los mares y de tantos misioneros que, obedeciendo el mandato de su Reina e impulsados por la caridad apostólica, hicieron fecundas a muchas almas con la gracia divina y así dieron frutos de vida eterna¹⁶. Con la fuerza de la verdad, al influjo del ejemplo y la buena palabra, amando hasta el

extremo, murieron muy lejos de los suyos. Hay heroísmos ocultos que no ven jamás los hombres, admiran los ángeles y complacen solo a Dios; por eso un Pelayo tiene presente y muy claro en todos sus actos que:



¹⁶ Jn. IV-36

“Ante Dios nunca será héroe anónimo”.



La miserable creatura que es la mosca está dotada de más de ocho mil ojos, por eso nada sucio o guarro le pasa inadvertido, aunque sea ínfimo. Solo tiene ojos para ver lo malo, lo defectuoso y criticable, a lo que dedica su triste existencia y en lo que encuentra su deleite.

Age quod agís

Cuando las moscas llegan hasta una herida o quemadura, se posan presurosas para infectarlas y si les es posible causarán una gangrena. No obstante, si en la herida pones un poquito de miel de abeja, verás como te ayuda a cicatrizar y muy pronto estarás

curado. Por tu parte, no infectes, como hacen las moscas: miel de misericordia es lo que has de poner en las heridas del prójimo. Además, las abejas producen otra medicina muy especial que protege la salud de su colmena y la de los hombres que la saben utilizar: el propóleo. Es una sustancia semejante a la resina con la que







protegen la colmena de virus y enfermedades, cierran brechas y agujeros a la lluvia y al viento, impermeabilizan las paredes para no sufrir las consecuencias de las tormentas y también envuelven el cadáver de los ratones y otros invasores grandes que no pueden sacar, para que la osamenta no intoxique la salud de sus congéneres.

Pelayo, tú tienes la opción de seguir el ejemplo de la abeja —toda una maestra de santidad— y de huir siempre del ejemplo de la mosca. La abeja trabaja, vuela y revuela buscando una flor; rápidamente pasa por alto todo aquello que atrae a la mosca. Que no se detengan tus ojos en la basura que hay en la calle y en las pantallas, pues éstas ensucian tu alma. Ten ojos solo para las cosas buenas, bellas y sanas, recuerda apartarte de las malas, feas y enfermas. A palabras necias, oídos sordos, no se detenga tu atención escuchando u oyendo cosas malas. Evita todo aquello que es criticable —temas, personas o cosas—, porque a la larga infunden desánimo y hunden en la cloaca pestilente del pesimismo, te llevan al pecado, que solo fascina a las moscas. ¡Pon a salvo la Esperanza!

Las abejas saben huir de las aguas tóxicas y se alejan de toda suerte de inmundicia. Aplican la exhortación de San Pablo que insta a evitar ciertos temas que fomenta la mórbida y escabrosa psicología moderna: *nec nominetur in vobis*¹⁷. Los escándalos, las malas noticias, mentiras, críticas, murmuraciones y calumnias solo hacen las delicias de las moscas

¹⁷ Ef. V, 3



chismosas: “mosquitas muertas¹⁸” propagadoras del mal espíritu. Las abejas se entretienen con las flores del campo, del huerto y el jardín, atareadas en elaborar esa miel tan dulce, ¡tan rica en las tostadas! No se distraen con nada ajeno a su deber de estado, oficio y misión, no les queda tiempo para perderlo en aquello que no les concierne. Pelayo “age quod agis¹⁹” que tu alma se dirija rauda y decidida, cual abeja, sin escalas, del rosal a la colmena, de la colmena al rosal, no permitas que tu espíritu divague por ahí papando moscas²⁰ que van y vuelven volando en círculos viciosos, incapaces de olvidarse de lo que les obsesiona. No quedés cautivo de una escena, situación, palabra o imagen congelada a perpetuidad en tu memoria, en detrimento letal de tu paz, alegría y libertad. La abeja está ocupada en su deber, en cambio la psicología de mosca está atada a lo todo lo negativo, es esclava de lo malo y está obcecada por permanecer en lo sucio. Pelayo, las abejas te darán el hilo de Ariadna, para no quedar cautivo en el laberinto infernal y no ser presa del que en el mito se llama Minotauro, pero en realidad es el susodicho señor de las moscas.

La abeja continúa con su labor con mayor entusiasmo cuando sabe que va a libar los dulzores más puros que solo se encuentran en el lirio, pues has de saber, Pelayo, que las flores más preciadas y exquisitas crecen amparadas por las espinas. Ofrecen su cáliz, abriendo los pétalos al sol —es virtud

¹⁸ Los académicos definen mosca muerta, como "persona, al parecer, de ánimo o genio apagado, pero que no pierde la ocasión de sacar provecho".

¹⁹ Haz lo que haces.

²⁰ En lenguaje popular, papamoscas define a una persona ingenua, cándida o crédula.

angelical su néctar de pureza— defendidas por la coraza protectora de las espinas rudas y ascéticas de la mortificación y el sacrificio.

Tres enemigos



Tiene la abeja tres enemigos: el humo, el sapo y la araña y tres enemigos tiene tu alma: el mundo, el demonio y la carne. Debes estar en

guardia.

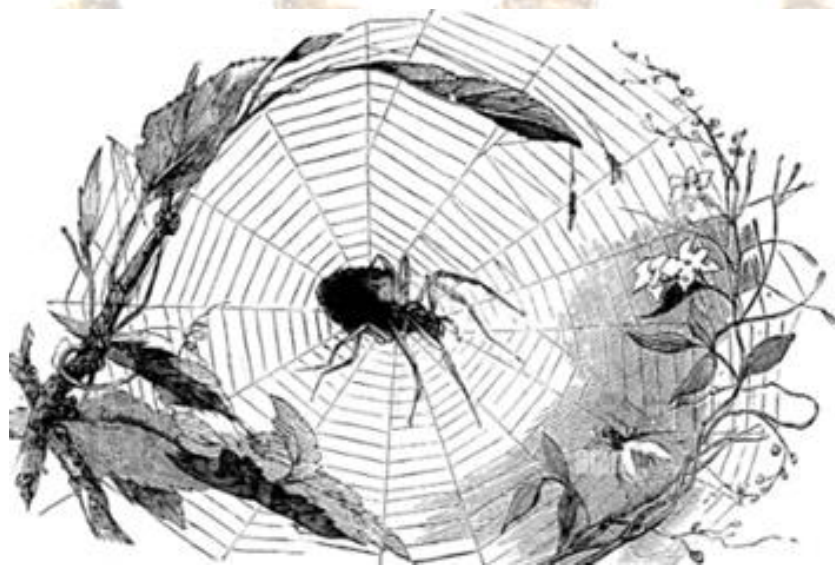
Evita con cuidado el humo del mundo que emana de la cátedra de fuego de Belcebú azufres tóxicos y lluvias químicas, que intoxican y envenenan abejas y almas con sus falsos eslóganes: libertad, igualdad, fraternidad; y doctrinas erróneas: democracia, modernismo, liberalismo. Este humo mundano entorpece, atonta, embriaga y los herbicidas aniquilan.

Cuidate de la lengua del sapo que está esperando que llegue volando bajo la abeja cansada, con sus alforjas cargadas del polen de su trabajo, para devorarla sin piedad de un lengüetazo veloz como un relámpago, así les ha sucedido a tantas víctimas del



respeto humano. Esos peligrosos e inmundos batracios son letales para las abejas y mortales para las virtudes cristianas; representan muy bien la lascivia²¹ y la pereza que corrompen el alma. Te devorarán con la crueldad característica de los que no hacen nada.

No te fíes de las arañas, cuya tela tejida estratégicamente entre las flores atrapa a muchas abejas. Acechan para apresarlas con sus hilos imperceptibles, que, aunque son de seda muy suave, están hechos del material más resistente que puedas encontrar en la naturaleza, cinco veces superior al acero. Pues una vez que has caído en la red, o en la “net” como la llaman los informáticos, te van esclavizando con vicios que atan, para luego paralizarte con su veneno. Ese bicho que vuela sin alas es el ángel caído que un día de rebeldía las perdió para siempre y te llega a persuadir de que eres libre navegando por la red, para hacerte su esclavo en el infierno. No te fíes de las estrategias arácnidas.

Aprende de la abeja a permanecer vigilante y montar guardia. Cuida bien



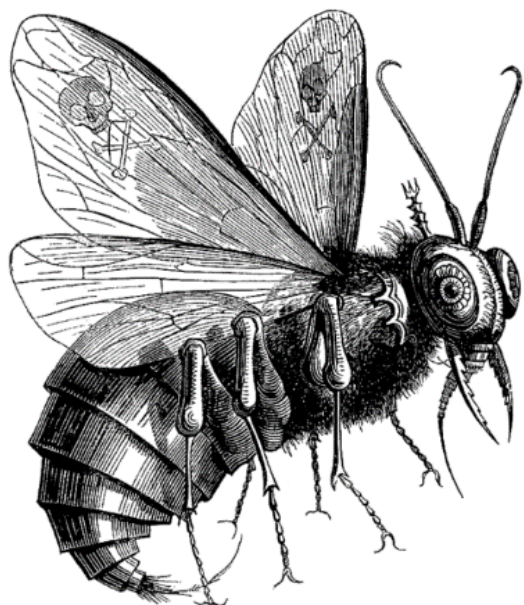
²¹ La rana en la Sagrada Escritura también representa a los demonios. Lo vemos en Apc. XVI, 13 “Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta a tres espíritus inmundos en forma de ranas”. Hay más alusiones en los Salmos (LXXVII, 45; CIV, 30), o en el libro de la Sabiduría (XIX, 10). Siguiendo, pues, la tradición los sabios de la universidad de Salamanca ordenaron esculpirla en la fachada de su edificio principal, para poner en guardia a los estudiantes de las trágicas consecuencias de los pecados de impureza: muerte del alma y, en ocasiones, del cuerpo.



las píqueras, es decir: tus cinco sentidos, que son las puertas de tu alma. Eres objetivo militar al que asedian peligros mortales y veniales. Unos son los avispones asiáticos, depredadores feroces y auténticos carniceros infernales, que como el pecado mortal masacran la colmena, matando una abeja tras otra de una dentellada; y los otros son los ácaros, que actúan como el pecado venial, la van degradando sigilosa y paulatinamente, lo que, en definitiva, será la ruina de la colmena que quedará para siempre callada, refugio de sabandijas, desierta de abejas. Pelayo, permanece siempre atento porque no sabes a qué hora vendrá el ladrón²². Protege con firmeza la colmena de los numerosos enemigos que quieren robarte el tesoro de la gracia. Cuando a un niño pequeño lo vienen acosando demasiadas las moscas, es señal de que hay que cambiarle los pañales; antes que pensar en exorcismos, recuerda que, tal vez, sea simplemente el momento de confesarte.

²² Mt. XXIV-43

La loca de la colmena



Nuestra vida cristiana consiste en *hacer el bien*, como la abeja, y *evitar el mal*, no como la mosca, que vive consagrada a lo sucio. Nuestra condición humana se ve afectada natural y espiritualmente por todo lo malo, tanto real como imaginario, pues tanto el mal real como el ficticio nos causan un impacto nocivo. El mal concreto y aún mucho más el imaginario terminan enfermando nuestro ánimo, que Dios creó para lo bueno. Moscas infernales han franqueado las fronteras del mundo real y multiplican su impacto sin límites y de manera insospechada, en el espacio inconmensurable de la soledad en la que se halla el individuo aislado producto de la sociedad liberal.

Dichas moscas, de manera metafísica, son mucho más perniciosas que en el orden natural, proliferan al infinito en la imaginación, mucho más que en el mundo físico y su efecto corruptor va extendiendo el reino de Belcebú en toda la sociedad. Roban a las almas la gracia y la paz, destruyen la alegría de los corazones, nublan las inteligencias, quiebran el




equilibrio de la psiquis, apagan el entusiasmo, hunden en la tristeza, siembran el desánimo y tantos desastres más. No permitas que las moscas enjambren en tu mente y en tu corazón; luego proliferan en la imaginación. Tenemos que *vencer el mal con el bien*²³ y una de las estrategias más eficaces para permanecer incólumes ante los males futuros que nos aterrorizan, los males pasados que nos desaniman y los presentes que nos aplastan tiene como arma más eficaz el látigo de la indiferencia, eficaz matamoscas.

*Sigue el ejemplo de la abeja que sobrevuela ajena y distante sobre muchas cosas malas, ocupada exclusivamente en buscar las flores buenas. Los vuelos del pensamiento deben dirigirse a la verdad y los vuelos del corazón hacia lo bueno, lo santo y puro, como hace la abeja. Nuestro Señor nos enseñó a pedirle al Padre que nos libre del mal*²⁴, y del mal debes huir, para no ser como la mosca que vuelve al vómito²⁵ pues así es el necio que repite su necesidad. Pasar de ser mosca a ser abeja en metamorfosis evolutiva, en el orden natural es una utopía, pero en el orden

²³ Rom. XII-21

²⁴ Lc. I, 4

²⁵ Prov. XXVI-11



espiritual es una gracia especial, una conversión milagrosa.

Coloquio

*Pelayo, seguir el ejemplo de la abeja te ayudará a ser santo. Acrecienta las virtudes emulando a aquellas almas que exhalan el dulce aroma de Cristo²⁶, aromaterapia del alma. Haz como ellas, abreva tu alma con las místicas mieles que manan del Sagrario, adéntrate en la llaga divina del Corazón traspasado y liba la miel de cada rosa del santo rosario. Nutre tu alma con el polen sabroso que guardan celosos entre sus pétalos los libros buenos que parecen olvidados. Aprovecha la oportunidad que la Providencia te brinda para extraer cada día de cada flor —flores que tal vez se marchiten y ya no estén mañana— el polen que en la colmena será la más dulce de todas las mieles: la caridad, virtud heroica que te permite encontrar al Dios Infinito oculto en la nada de las pequeñas cosas. Es el ascensor que te llevará a la cumbre de la santidad. En todas las acciones insignificantes a los ojos del mundo, que acostumbra a admirar las cosas grandes, en estas aparentes nimiedades hay tesoros de vida eterna que tienen un valor divino. Estas acciones te permitirán oír gozoso estas palabras: *servidor bueno y fiel, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más, entra a participar del gozo de tu Señor*²⁷.*

²⁶ 2 Cor. II, 15

²⁷ Mt. XXV- 14, 30

Nuestra Señora, la Siempre Virgen María, que es tu Reina y Madre, la más fuerte de todas las reinas y más dulce de todas las madres, te introducirá en la Jerusalén celeste, la patria definitiva que excede en perfección a la primera tierra prometida que manaba leche y miel.

Haz tu colmena en su Corazón Inmaculado—donde ninguna mosca infernal encontró jamás nada sucio— y con tantas y tantas almas buenas trabaja sin cesar impulsado por el Espíritu Santo.

Colabora con la misión del Buen Espíritu en una labor fecunda y fecundante, de flor en flor, en actividad incesante, para acrecentar el caudal de esa miel en virtud y santidad que nos endulza la vida en esta tierra. Su dulzura nos protege de las amarguras temporales y eternas, y cuando llegue la hora de cosechar las mieles serás juzgado en la Caridad²⁸.

Padre José Ramón M^a. García Gallardo



²⁸ San Juan de la Cruz: Al atardecer de la vida seremos juzgados en la caridad.



Examen de la meditación

Cuando termines de leer este texto considera un momento aquello que ha quedado en tu ánimo, para ver hacia qué bandera se inclina tu vida, la de Nuestra Señora, Reina de la Colmena y Emperatriz del apiario o la de Belcebú, señor y dios de las moscas. Si solo has parado mientes en su falta de contenido o profundidad, estructura o análisis, en lo que lo que digo o en lo que callo, si lo consideras simplemente una fábula fantásica, si has identificado errores de ortografía o sintaxis, tu corazón siente y actúa como la mosca. Si por el contrario has encontrado algún concepto, idea o imagen que te ayude a ser mejor, es porque lo que llama tu atención, te atrae o interpela es lo poco o mucho que tiene de verdad, entonces servirá para que seas más bueno. Tu vida y la de tu prójimo transcurrirán más felizmente aquí en la tierra y serán bienaventuradas en el cielo y así mi trabajo de apicultor te habrá servido de algo.

José Tomás Boves

«El león de los llanos»

José Tomás Boves y de la Iglesia, asturiano, nacido en El León de los Llanos, Oviedo (Asturias) un 18 de septiembre de 1782 y fallecido donde todo lo dio, en Arica (Venezuela), un 5 de diciembre de 1814, pelirrojo y de porte colosal.

Hijo de Manuel Rodríguez de Boves y de Manuela de la Iglesia, fue bautizado en Oviedo el mismo día de su nacimiento. El nombre de José Tomás Boves, con uve y sin el «Rodríguez», fue el que adoptó en Venezuela. A los cuatro años se quedó huérfano de padre, que había sido un modesto empleado municipal.

Su madre le sacó adelante, junto a sus dos hermanas, lavando y cosiendo para familias acomodadas. Sacrificio y fe, serían el ejemplo de nuestro personaje, desde la infancia, ya lacerada por el dolor de perder a su padre.

Por empeño de su madre entró a los doce años (1794) en el Real Instituto Asturiano. Estudió Náutica durante cuatro años y se





graduó de piloto de 2.^a clase de la Marina Mercante. Después, a partir de 1798, navegó por el Mediterráneo y luego en uno de los buques-correo de Ultramar.

Hacia 1803 obtuvo el título de piloto primero. Como tal entró a servir en un buque de la compañía Plá y Portal, que tenía unos corresponsales asturianos en Venezuela llamados Lorenzo y Joaquín García Jove. Boves debió de realizar algunas actividades de contrabando, pues fue apresado por tal delito y encerrado en el castillo de Puerto Cabello.



Los hermanos García Jove intercedieron por él y se le conmutó la pena por la de confinamiento en la villa de Calabozo (cuyo nombre venía que ni pintado a su forzosa estancia), una población del Llano. Allí se dedicó al comercio de mercería y, después de cumplida la condena, al negocio de ganado, caballar, sobre todo. Recorrió los lugares más apartados de los llanos centrales, adquiriendo un enorme conocimiento y destreza del medio y de sus gentes.

Hacia 1808-1810 pretendió casarse con Isabel, hija del acaudalado comerciante vasco Guillermo Zarrasqueta, que vivía en San Sebastián de los Reyes, pero la familia le rechazó por su humilde

condición y origen, cegados por títulos no ganados y riquezas heredadas, sin fijarse en las cualidades que realmente conforman a un hombre.

Al surgir el movimiento independentista de 1810, seguía viviendo en Calabozo y se puso de parte de los traidores. Durante la Primera República de Venezuela, Boves continuó con su negocio de comercio, pero los traidores surgían por doquier y no pudo permanecer pasivo, hasta que surgió la reacción española de Domingo Monteverde.

Los partidarios de la secesión le consideraron entonces sospechoso y le arrestaron en San Carlos, pero fue puesto en libertad por intercesión de un vecino notable, llamado Ignacio Figueredo. Al volver a Calabozo, Boves difundió noticias alarmantes sobre el avance de los realistas y concretamente de Monteverde y conspiró abiertamente a favor de los realistas.



Fue arrestado de nuevo y condenado a muerte, de la que se salvó gracias a que el teniente de justicia, Juan Vicente Delgado, le conmutó la pena por la de servir como soldado en las tropas de Aragua que mandaba Francisco Miranda. Seguía en Calabozo a mediados de mayo de 1812 cuando el capitán Eusebio Antoñanzas, del ejército de Monteverde, tomó dicha población.



Boves ingresó entonces en las filas realistas, ya entregado a la defensa de las Españas, sin medir y escatimar sus esfuerzos por el rey. Tanto

fue así, que su tenacidad hizo progresar su carrera militar ininterrumpidamente.

Fue oficial de Urbanos y organizó una partida de Caballería con la que apresó a los traidores Navarte, Alzuru y otros republicanos en los llanos.

Luego mató al canario Diego García en su hato del sur de Calabozo, empezando su larga carrera de lucha contra aquella caterva extranjerizante que intentaba derribar al rey en aquellas tierras, traidores a nuestra España milenaria. Se integró luego en el ejército de Monteverde como uno de los oficiales de Antoñanzas.

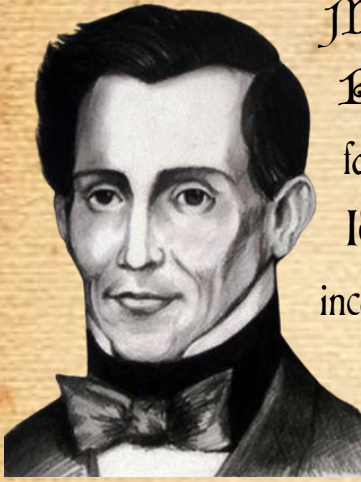
En 1813 fue nombrado comandante general de Calabozo, coincidiendo con el nombramiento de Antoñanzas como gobernador militar de Cumaná.



Dio un enorme escarmiento en la población de Espino, situada al sureste de Calabozo, porque había abrazado la causa traidora. La ejecución de muchos prisioneros empezó a tejer su fama de cruel, de no perdonar y dialogar con los traidores a la patria.



Boves se rodeó de llaneros negros, mulatos y mestizos que profesaban un odio profundo a los blancos mantuanos o caraqueños, reconocido por ellos como «El Taita». A mediados de 1813 participó en la campaña del Oriente, bajo las órdenes de Monteverde y del mariscal de campo Juan



Manuel Cajigal. Al tenerse que retirar este último a Barcelona, presionado por Mariño, otorgó a Boves facultades para que obrara discrecionalmente (agosto de 1813). Boves actuaba ya de forma autónoma, testigo de la incapacidad de las mismas autoridades españolas para dominar a los republicanos.

Su enorme conocimiento del llano y de sus gentes le dio un gran ascendiente sobre sus hombres.

Sus llaneros de a caballo fueron temidos, sobre todo los pardos, mestizos y negros. Comía y dormía con ellos y fueron sus incondicionales, como dijo su segundo, Francisco Tomás Morales:

«Comía con ellos, dormía entre ellos, y ellos eran toda su diversión y entretenimiento, sabiendo que sólo así podía tenerlos a su devoción y contar con sus brazos para los combates».



Una de sus primeras acciones como jefe autónomo fue Cachipo (11 de septiembre de 1813) contra el comandante Kreites y los hermanos Monagas. Marchó luego a Calabozo, que había sido tomado por el infame Simón Bolívar. Lo reconquistó para los españoles tras vencer a Carlos

Padrón en el caño de Santa Catalina y ejecutar a todos los prisioneros. Bolívar envió contra Boves al general Vicente Campo Elías, que le derrotó en el Caño del Mosquitero (14 de octubre de 1813), pero el asturiano se refugió en Guayabal, donde rehízo su fuerza y volvió al combate, venciendo en San Marcos al coronel republicano Pedro Aldao, a quien, como justa sentencia, le cortó la cabeza, que envió a San Fernando de Apure.



A mediados de diciembre estaba en San Juan de los Morros con seis mil hombres, en su mayoría de a caballo.

Boves manejaba un ejército de enorme movilidad, que no necesitaba intendencia ni suministros de armas y que podía operar fácilmente en los lugares más imprevisibles de la costa, para luego regresar de improviso al interior. Ante la amenaza que suponía para Aragua, Bolívar envió contra él por segunda vez a Campo Elías, pero esta vez fue vencido por Boves en la batalla de La Puerta (3 de febrero de 1814), donde resultó herido nuestro protagonista.

Mientras se restablecía, su segundo Morales penetró en los valles de Arauca, pero fue vencido por José Félix Ribas en La Victoria (12 de febrero de 1814).



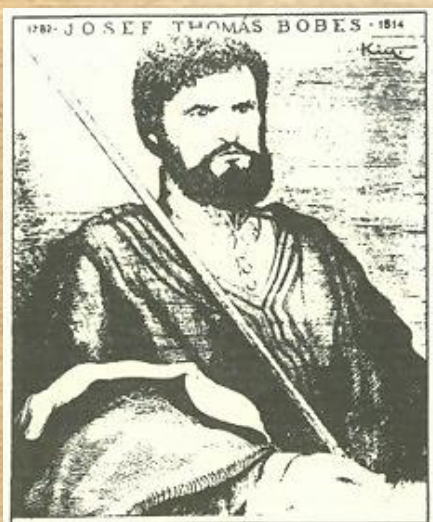
A finales de febrero de 1814, Boves y Morales atacaron a Bolívar, que

se había atrincherado en San Mateo.

El primero tuvo que desistir del ataque al saber que se acercaban las tropas del general Mariño, quien finalmente le venció en la batalla de Bocachica. Perseguido por las tropas de Bolívar, se dirigió a Valencia, que sitiaba Cajiçal. Los españoles tuvieron que levantar el cerco (3 de abril de 1814) y Boves regresó al Llano, donde reorganizó sus fuerzas y volvió a la ofensiva. La perseverancia, su genio militar y su patriotismo no le permitían ni un momento de descanso, ni, aunque para recuperar fuerzas, ante tantos enemigos a la patria.

El 15 de junio de 1814 derrotó en el lugar de la Puerta a las fuerzas de los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño, que tuvieron que replegarse muy maltrechos.

Una parte de las tropas de Boves marchó contra Caracas, mientras que el resto, dirigido por él mismo, fue a Valencia para sitiarla. Caracas cayó en manos españolas el 7 de julio y Valencia, el 10 del mismo mes. Boves fusiló a los traidores y se autoproclamó comandante general del ejército realista, desconociendo que tal título le correspondía a Cajigal por ser capitán general de Venezuela.



José Tomás Boves, un emigrante con destino.

A handwritten signature in dark ink, which reads 'José Tomás Boves'.

Nombró gobernador político al marqués de Casa León y gobernador militar al coronel Juan Nepomuceno Quero (pese a que estaba en Caracas Cajigal, que era el capitán general nombrado por el Gobierno).

Boves se autoproclamó comandante general de las fuerzas realistas y se negó a acatar las órdenes de la Audiencia. Luego emprendió la campaña del Oriente, región en la cual se habían refugiado los últimos efectivos traidores. Tomó Cumaná, la saqueó y la dejó reducida a ruinas. Luego derrotó en el sitio de los Maquieyes (el 9 de noviembre de 1814) al coronel traidor José Francisco Bermúdez y nuevamente en la batalla de Urica (5 de diciembre de 1814).

No pudo saborear esta última victoria, pues murió durante el combate, en medio de aquel desigual combate, un capitán sublevado de entre los bolivarianos le atravesaría el pecho en medio de una melé de carne humana envuelta en alaridos de muerte. Entregaba su alma a

Nuestro Señor Jesucristo en un gran charco de sangre en medio de un gigantesco tumulto, mirando el nítido cielo azul de todavía su patria.

Boves fue enterrado en la iglesia de Urica. Le sucedió Morales y muy pronto llegaron tropas regulares españolas mandadas por el general Juan Pablo Morillo para asumir la defensa realista.



La época de los llaneros-bandoleros había llegado a su fin.

Fue nuestro militar el autor de lo que se ha llamado «guerra a muerte».

Entrenó a su infantería con las clásicas formaciones en orden cerrado configuradas por dos o tres escalones de fusileros que descargaban su mensaje letal por turnos ya fuera rodilla en tierra, cuerpo

a tierra o de pie una vez recargada el arma, inevitablemente esta acción acababa casi siempre en el clásico cuerpo a cuerpo.

Asimismo, Boves usaba puntualmente la formación cerrada o en cuadro, como medida defensiva frente a las cargas de caballería del adversario. Independientemente de los usos convencionales de las tácticas habituales, la formación en orden abierto era una opción de combate de las unidades de élite ya fueran estas de tiradores, francotiradores apostados en la foresta o cazadores de oficio que se desplegaban en un área determinada para tirar a discreción en terrenos boscosos o agrestes, medio este en el que los llaneros de Boves se movían como pez en el agua. La caballería tenía un escaso protagonismo y la misión fundamental era la del choque o persecución, y puntualmente, misiones de exploración. Si un soldado iba en angorillas, su uniforme le abrigaba. Si faltaba comida, se pagaba a los campesinos y no se les expropiaba. Si alguien caía enfermo se le ponían unas monedas en el bolsillo para tirar un rato.

Boves armó una herramienta de combate altamente motivada y con un nivel de entrenamiento y fidelidad pocas veces visto en la historia militar.



María Pita

¡El que tenga honor, que me siga!



María Mayor Fernández de Cámara y Pita nació en el año 1565 en Cambre, municipio de La Coruña, en el seno de una familia de campesinos..

Su primer matrimonio fue con el labrador de San Cristóbal das Viñas, Juan Alonso de Rois y Galbán, en 1581. De esta unión nació una hija llamada María Alonso de Rois, pero con el paso del tiempo ella misma cambió su último apellido, quedando como María Alonso de Pita en un acto de honor y reconocimiento a su madre, para mantener vivo el apellido de tan gran heroína, como veremos.

En noviembre de 1589, se casó por segunda vez, con Gregorio Rocamonde, quien murió durante el asedio inglés a la ciudad de La Coruña, hazaña esta en la que también intervendrá nuestra protagonista.

Era de sobra conocido que Isabel I y Felipe II no gozaban de buena relación, ya que iban a devolver el ataque de la Armada



Invencible, arrebatando, además, a nuestro Rey, Felipe II, el trono de Portugal.

El primer objetivo de guerra fue Santander, donde se encontraba una gran parte de la armada española y posteriormente dirigirse contra la segunda capital del imperio español que era Lisboa, pero un cambio de planes hizo que el corsario Francis Drake, responsable del ataque, decidiera asaltar La Coruña, donde se refugiaban parte de los maltrechos restos de la armada española, con el fin de saquearla, desviando la flota a trescientas millas, y repetir su exitoso ataque a Cádiz de 1585. Las tropas partieron del puerto del sur de Inglaterra, Plymouth, contando con más de 26.000 hombres mandados por el general Norris, el hecho fue que tanto como Drake tenían diferentes de vista sobre el ataque a La Coruña.

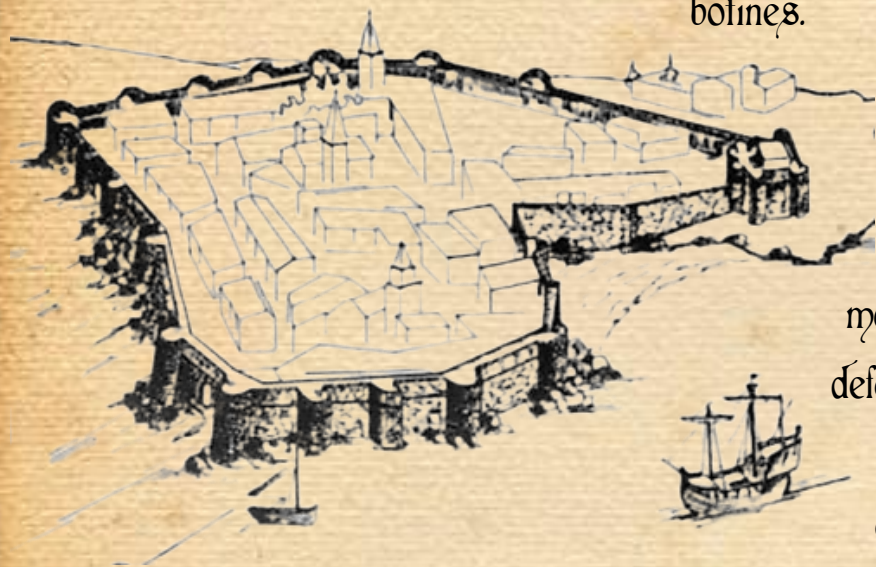


Norris
puntos



Si el resultado de la primera decisión fue catastrófico, no podían ni imaginar lo que les esperaba en La Coruña.

Como curiosidad, en sus orígenes, Francis Drake se dedicó a la piratería, pero a pesar de eso, fue promovido a almirante y «Si» por la reina, al margen de ser un personaje conocido por sus deseos de saquear cuanto se encontraba en su camino y conseguir sustanciosos botines.



En cuanto se avistó al enemigo en La Coruña las autoridades españolas movilizaron las escasas defensas que tenían; seis barcos y 1500 hombres entre soldados y milicias

locales, entre los cuáles estaba Gregorio de Rocamonde, el marido de María Pita.

La desventaja española era más que obvia. ¿Cómo iban a enfrentarse seis simples barcos a otros casi doscientos enemigos? Aunque plantaron cara, no pudieron evitar que los ingleses desembarcaran el 5 de mayo en la playa de Santa María de Oza. Llegó el momento de pelear en tierra y defender las murallas de la ciudad. ¡Una encarnizada batalla!



La lucha se prolongó durante días, en los que el ejército inglés se adueñó de una parte de la localidad, pero no logró penetrar la muralla. El asalto de los británicos a la ciudad vieja obligó a los voluntarios civiles a entrar en combate. Allí estaba Gregorio de Rocamonde, en

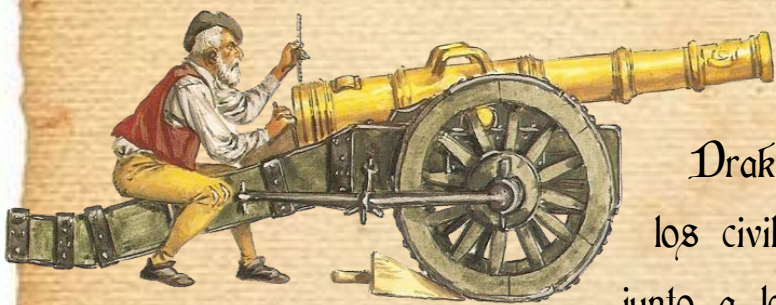
primera línea, que cayó muerto durante la acometida de los

Drake. Durante todo el enfrentamiento, los civiles de la ciudad herculina lucharon junto a los militares de la ciudad, mujeres

incluidas. Las crónicas señalan que inicialmente las mujeres se dedicaban a labores de apoyo y reparación de la muralla, pero cuando el combate se acercaba a la ciudad ellas mismas repelían a los ingleses.

Así, durante días, los ingleses intentaban entrar en La Coruña, y los coruñeses los repelían, hasta que llega el día 14 de mayo; los ingleses colocan una carga de demolición en la muralla y empiezan a avanzar por la brecha abierta, liderados por un alférez hermano de Francis Drake, que hacía de abanderado.

En este momento los ingleses avanzan por la plaza, logrando progresos importantes a pesar de la tenaz resistencia de la guarnición, bien secundada por los habitantes de la ciudad, pero obligándoles a atrincherarse en la plaza central y poco a poco, bajo sucesivos y continuos ataques, aparte de robarles todo el sustento, buscaban en todo momento la rendición de la ciudad.



Quando la situación era más crítica, una mujer, María Pita, cuyo marido yacía muerto a su lado, destrozado por un cañonazo de una de los barcos ingleses, tomó una de las lanzas que llevaban la bandera inglesa, y la empuñó, con el coraje que sólo una mujer española puede tener, para alancear al alférez británico que marchaba en cabeza, atravesando al mismísimo abanderado inglés, hermano del corsario, que avanzaba orgulloso y altanero sobre los cadáveres de nuestros compatriotas. Sin más dilación y alzando la cabeza, sin temor, en el centro de la plaza, donde estaban los últimos supervivientes atrincherados, gritó:

«Quien tenga honor, que me siga!»



Cambiaron completamente las tornas de la batalla. Luchó con rabia, furia y una valentía inusitada, ejemplo para todas las épocas, y dirigió los sucesivos contraataques contra la flota inglesa hasta tal punto que hizo retroceder y huir al gran corsario Francis Drake. ¿Gran Corsario? Una mujer española lo hizo huir como poseído por el diablo, sin poder protegerse de la furia coruñesa sin poder protegerse de la furia coruñesa ni del fuego de su artillería ni siquiera detrás de sus soldados.

Los ingleses caían al paso del avance arrollador de los españoles, y el boquete de la muralla que antes fue perdición es ahora puerta que desborda mujeres y hombres con picas, azadas, cuchillos y sables ansiosos de sangre inglesa.

Fue tal la hazaña que llegó a oídos del propio rey Felipe II y este la obsequió con el título de «soldado aventajado», premió a esta joven heroína de 25 años de edad con el empleo de Alférez, I grado y sueldo, más una pensión extraordinaria.

Moriría en 1643, casi con ochenta años. En su testamento solicitaba que se la enterrara en la iglesia de Santo Domingo en La Coruña.





JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(SÉPTIMA PARTE)

PERSECUCIÓN

El padre González adivinó inmediatamente de qué se trataba. Le parecía inútil tanto tratar de hacerle frente como intentar proteger al muchacho: el mensaje era lo primero, tenía que hacerlo llegar a su destino a toda costa y, sobre todo, evitar que cayera en manos enemigas. Así que salió corriendo velozmente para dejar atrás al rojo, quien, por su parte, ya se había dado cuenta de que era mucho más importante apresar al que consideraba el mensajero de los blancos que esperaba desde hacía tiempo, que vengarse personalmente del muchacho. El padre González, para su desgracia, ya no tenía veinte años, como era el caso del hombre que se precipita tras él. Es más ya está bastante cansado de su dura vida llena de penalidades: estaba casi al límite de sus fuerzas cuando llegó cerca del campamento. Alfonso se da cuenta de que enseguida va a recuperar los cien metros de ventaja que el padre González le lleva y también se da cuenta de que puede ir directamente a por él: su presa no lleva armas, de lo contrario,



no estaría corriendo de manera alocada hacia un lugar seguro, sino que trataría de esperar al abrigo de alguna roca.

El sacerdote ha bajado directamente por la empinada ladera pero su perseguidor le sigue cada vez más de cerca.

Si el sacerdote cambiase su ruta y retrocediera un poco hasta donde estaba el niño, serían dos, ninguno de ellos muy fuerte, pero dos al fin y al cabo. Lo piensa, pero prefiere seguir corriendo y arriesgarse él solo, con la ayuda de Dios en quien confía, antes que arriesgarse a inmolar a una pequeña víctima.

Juanito, que los ve, siente que su desesperación va en aumento. «Si al menos el Padre se deshiciera de su abrigo, iría mucho más ligero y ágil. Virgen Santísima, te ofrezco todo lo que aún tengo, mi pobrecita vida. Tómala para que pueda escapar. Concédeme la gracia de alcanzarlos para que pueda aferrarme a







Alfonso con todas mis fuerzas. Aunque me mate, creo que me habré agarrado tan fuerte que no podrá liberarse fácilmente. Mientras tanto, el padre estará lejos».

En la meseta a la que llegaron, el fugitivo no tardó en ser alcanzado. Alfonso lo agarró por de su abrigo, pero el otro hombre lo soltó de repente y el rojo cayó pesadamente al suelo. Una piedra afilada le magulló la rodilla y la persecución se hizo un poco menos brusca, pero seguía sin haber posibilidad de que el sacerdote escapara. Si la distancia fuera aún mayor de manera que tuviera alguna posibilidad de ocultarse al menos una sola vez de la vista de su perseguidor, el padre González podría deslizar rápidamente sus papeles bajo una gran piedra donde nadie pudiera encontrar. Después de su muerte, cuando no hubiera descubierto nada en su cadáver, y, seguro como estaba de que el niño no hablaría, al rojo no se le ocurriría volver sobre sus pasos, e ir registrando cada piedra y cada rincón. En cuanto a Juanito, después de toda la emoción, los golpes y la implacable persecución, está cada vez más agotado. Ha descubierto el abrigo del padre tirado en el suelo. Espera ver al desdichado padre cobardemente asesinado por el hombre al que estuvo a punto de considerar un amigo.



En cambio, ve las dos siluetas en lo alto de una cresta, una persiguiendo a la otra. Frente a ellos se abre un barranco. Parecía que el sacerdote, muy poco entrenado en el ejercicio físico y casi



exhausto no iba a poder cruzarla... ¡Pero pudo! ¡Oh alegría! Dio un salto de manera ágil y adecuada. En cambio, fue Alfonso quien tropezó y desapareció de la vista del niño. Allí estaba, emergiendo de nuevo del barranco, aunque con dificultad. Pudo agarrarse a algún saliente y reemprender la marcha, primero más despacio, luego otra vez más deprisa.

Para recuperar el tiempo perdido y alcanzar al fugitivo, que acababa de descender a una hondonada para volver a subir por el otro lado, Alfonso saltó con una audacia sin precedentes por un desnivel muy ancho. Parecía que su caída anterior le había excitado aún más. Nada más aterrizar en un saliente rocoso, agarró su daga, la abrió y la lanzó con notable precisión hacia su víctima. El arma afilada se hunde en un pino achaparrado, a pocos centímetros a la izquierda de su víctima. El pino ha actuado a la manera de un escudo estrecho y ha salvado una vida. Cuando Dios quiere (y eso se aplica tanto a las cosas como a las personas) hasta los medios más pequeños pueden servir para grandes cosas.

Alfonso está furioso. Todo parece estar a su favor —su velocidad, su agilidad, su posesión de un arma— y, sin embargo, todo falla contra este fugitivo lento y torpe que tropieza y vacila a cada paso. Con un segundo salto desesperado, atraviesa un amplio espacio vacío y, con un gran gesto de enfado, saca con su cuchillo fuera del árbol, reanuda su frenética persecución, manteniendo su





navaja en la mano, seguro esta vez de que pronto podría usarla con certeza y poner fin a esta persecución sobrehumana.

Uno detrás del otro caen por un pequeño barranco en cuyo fondo ruge un torrente. Al borde del torrente, Alfonso alcanza por fin su objetivo y, con el cuchillo en alto, está a punto de clavárselo en la espalda al cura, cuando éste, sintiendo a su enemigo cerca, se da la vuelta de repente y, con un rápido movimiento, agarra el brazo que estaba a punto de golpearle. Se produce entonces una lucha cuerpo a cuerpo entre estos dos hombres, uno de los cuales sólo intenta salvar la vida para cumplir su misión, mientras que el otro, salvaje y decidido, sólo dejará el combate hasta que vea a su víctima muerta a sus pies.

Alfonso es mucho más ágil, pero el padre González es más fuerte. Con una presión lenta pero irresistible, tuerce poco a poco la muñeca que sujeta el arma. Los dedos se aprietan en la empuñadura, luego, bajo el doloroso abrazo, sus cuerpos se separan y, finalmente, la daga se desliza hasta el suelo.

Y ahora viene la lucha épica, ya que cada uno intenta recogerlo mientras impide que el otro lo agarre. Unas veces uno, otras el otro, el comunista y el sacerdote se acercan en diversos momentos a centímetros de su objetivo.

De repente, desde lo alto de una ladera, adonde llega mucho después que los dos hombres, Juanito divisa la batalla. Se apresuró a acercarse,



dispuesto a ayudar a don González. El sacerdote, que no había visto venir esta preciosa ayuda, agarró finalmente el cuchillo y, fiel a su principio de no derramar sangre, lo tiró en el caos invasor que era el lecho del torrente. Luego, empujó hacia atrás a su antagonista.

El niño, que había llegado unos instantes tarde para recoger el arma, se lanzó a agarrar las piernas del rojo. Lamentablemente, ¿qué podía hacer él contra un hombre, y sobre todo contra alguien tan ágil y rápido?

El sacerdote estaba agotado y ya había recorrido una decena de metros, sobre una cresta rocosa que domina un pequeño lago formado por un torrente. Al ver a Juanito, se vio obligado, una vez más, a regresar para enfrentarse a Alfonso y luchar otra vez cuerpo a cuerpo. El rojo no tardó en imponerse en esa ocasión, pero ahora solamente trataba de conseguir los documentos y, mientras mantenía a su víctima pegada al suelo, consiguió registrarle y apoderarse del preciado sobre.

El padre González intentó en vano recuperarlo. Obstaculizó los movimientos de su compañero hasta tal punto que los papeles se le cayeron de la mano y volaron hasta el agua que había debajo de ellos.

Alfonso se apresuró a recogerlos, saltando de roca en roca y también bajo el torrente. El sacerdote, cuya energía se redobló al pensar en todas las desgracias que este robo produciría, no



se rindió y trató, como mínimo, de recuperar de nuevo los papeles y destruirlos o, si era necesario, llegar junto al hombre y correr con él, como un mártir voluntario, para salvar muchas vidas.

En esta ocasión la batalla se desarrolla en el agua, unas veces Alfonso está sumergido, otras, se ve aparecer al padre González. Juanito observa la escena sin aliento, de pie junto a la orilla, petrificado. Alfonso captura el mensaje y golpea al padre González tan fuerte como puede para que librase de él. Cuando parece que lo consigue y que se escapa por la orilla, el sacerdote logra agarrar a tiempo la pierna del fugitivo. Éste se soltó de repente y le propinó una patada tan fuerte que lo dejó inconsciente.

(Continuará)



Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago





Acababa de llegar el cartero a casa, trayendo la Revista Pelayos, y una carta con... ¡una ficha de inscripción para el Campamento de Pelayos y Margaritas!

Su madre les pidió calma, ya que faltaba mucho para el verano y antes había que terminar bien el curso.

Eso significaba, no ya no suspender, sino sacar muy buenas notas.

Estaban nuestros amigos yendo con el folleto del Campamento de Pelayos y Margaritas a todas partes, porque ¡cuántas más, mejor!

Y allí estaban, al terminar la Santa Misa, en la puerta de la Capilla, repartiendo copias a todos los que habían asistido.

No quedo nadie sin su folleto.

Así que mañana, ¡al colegio!



Ahí estaban, camino al colegio, a primera hora de la mañana, comentándose lo a todos y a cada uno de los compañeros que se encuentran de camino.

Hacían falta todos los amigos para que todos ayudasen a recuperar las Españas de las manos de los enemigos.



Ya en clase, pidieron a los compañeros, en el rato del recreo, que se quedarán un momento, que tenían una gran noticia que darles. ¿Y cuál era? Pues...el I CAMPAMENTO DE PELAYOS Y MARGARITAS.

Hasta hicieron una cartel enorme donde se veía un campamento con la bandera de los Pelayos.



Y ahí estaba todo lo que hacía falta para un buen campamento:

Linterna, cantimplora, un saco de dormir, unos platos, una brújula, unas buenas botas y unos calcetines bien gordos..., y lo que no puede faltar nunca:

El Devocionario del Requeté y el Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas.

Y allí estaba el horario, con Santa Misa, instrucción, formación...



07:30 Diana. Aseo y hacer la cama.

07:50 Formación. Se pasa lista. Se dan novedades

08:00 Izado y honores a la Bandera

08:10 Oraciones de la Mañana

08:20 Santa Misa

09:00-09:30 Desayuno

09:30-11:00 Formación doctrinal.

10:00-11:30 Formación física.

12:00 Ángelus

12:05-12:30 Recreo bocadillo.

12:30-13:50 Formación física/ Instrucción técnica.

14:00-14:50 Comida

15:00 Hora Nona

15:20-16:30 Tertulia

16:45-17:50 Formación teórica.

18:00 Ángelus

18:05-19:30 Juegos/Formación teórico-práctica.

19:30-20:00 Santo Rosario.

20:00-20:45 Maniobras

20:50 Cena.

21:30 Oraciones de la noche

23:00 Silencio



Así que ya quedaba repartir propaganda en el parque donde jugaban con sus amigos y paseaba Jarrón, fiel como siempre.

Y, ni cortos ni perezosos, montaron una pequeña biblioteca con todas las Revistas de Pelayos, donde todos podían leer la vida de nuestros héroes y reyes, santos y mártires...

Al final se reunieron todos, con una copiosa merienda, para juntar todas las solicitudes al I CAMPAMENTO DE PELAYOS Y MARGARITAS.

Eran numerosísimas las fichas de inscripción, así que podían ser un pequeño Tercio, ¿y que nombre ponerle?

¡Naturalmente! El de la Patrona de su ciudad.

¿Qué mejor forma de honrarla y defenderla de la chusma que la ofende impunemente?

¡Aquí están tus futuros Requetés, Madre Nuestra!

¡VIVA CRISTO REY!



LAS ESPAÑAS

Ya aterrizaba el avión en Méjico.

Clara y Santiago no podían dejar de mirar por la pequeña ventanilla del avión, era tanta la emoción que ni se percataron de que ya llevaban un buen rato quietos.

- ¡Vamos!, no seáis perezosos ahora, que nos espera un amigo de D. Ignacio. Les indicó su padre, con una cómplice sonrisa mientras le guiñaba un ojo a su esposa.



Allí, en el aeropuerto, estaba D. Ignacio, emocionado, estrechando la mano a un hombre delgado, con bigote y perilla y una gran boina roja, en medio de un buen montón de personas también con sus boinas. ¡Un correligionario! Era como D. Ignacio, pero aquí, ¡en Méjico y eran muchos!



Sin palabras se quedaron nuestros protagonistas, que ni se percataron que sus padres ya habían conseguido las maletas, y que se habían terminado las presentaciones.

- Y vosotros dos, ¿cómo os llamáis?, se adelantó aquel hombre.

- Santiago y Clara, contestó rápidamente Clara sin dar opción alguna a su hermano. Y este es Jarrón, nuestro perro.

Allí estaba Jarrón, quieto, olfateándolo todo y moviendo el rabo para decirle a este nuevo amigo, que él también lo era.

- Yo, soy D. Alejandro, gran amigo de D. Ignacio.

- Tiene usted una boina como él, apostilló Santiago.

- Naturalmente – aclaró D. Ignacio-, es carlista: español y católico.



- ¡Toma ya, también hay carlistas aquí!, ¡qué alegría, Clara?, le soltó Santiago a su hermana.

- Por supuesto, los hay en todas las Españas, le aclara su hermana con un rostro de maestra, mirándole por encima del hombro.

-Ya lo imaginaba, contesta malhumorado Santiago.

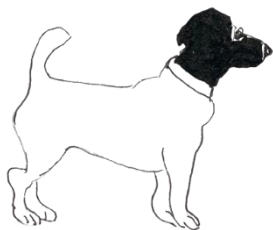
- No hay que discutir -intervino D. Alejandro- ahora hay que celebrar este encuentro, así que lo primero que habrá que hacer es comer algo porque, me imagino que tendréis todos hambre.

- ¡Sí, sí! Se adelantó Santiago.

Jarrón parecía que también había entendido que se acercaba la comida, así que arrancó al trote, temeroso de ser último y cuando llegase no hubiese nada.

De esta manera D. Alejandro los llevó, como es costumbre, a comer tamales, además a donde se hacen los tamales más ricos, a la ciudad de Cholula, donde las abuelitas los siguen preparando a la antigua en sus braseros con masa de maíz cosechada por las familias.

Aprovecharon para acudir a la Santa Misa y acompañar a la Santísima Virgen en su Purificación y llevaron sus velitas para ser benditas. Clara y Santiago se sorprendieron de ver que todos los cholultecas llevaban también a sus Niños Dios primorosamente vestiditos para ser bendecidos, también les llamó la atención que las abuelitas siguen llevando la cabeza cubierta con un rebozo a veces herencia de la abuelita de su abuela.





En la puerta de la iglesia, como un león feroz, Jarrón se había quedado esperando. Aún tenía en su memoria a los herejes, moros y demás enemigos en su memoria, y a él no lo iban a encontrar desprevenido, y mucho menos velando por la tranquilidad del templo.

Después de la Santa Misa y los tamales los niños del lugar invitaron a pasear a Clara y a Santiago por los lugares santos de la ciudad. Se pusieron sus boinas, roja y blanca, para protegerse del sol y caminaron por todo Cholula.

El primer lugar que visitaron fue el Convento de San Gabriel. Un edificio de casi 500 años. Al principio se confundieron porque creyeron que era un castillo.

D. Alejandro, mientras le iba explicando, a la entrada del Convento, se dirigió a Clara y Santiago para explicarles por qué los llevaba a ahí:





- Es que somos los soldados de Cristo, y la iglesia es nuestra fortaleza espiritual. Aquí nos entrenan para la batalla por Cristo Rey.

Vieron a lo lejos un fraile con su hábito y Clara sabía que si besaban su bendito cordón, podían lucrar unas indulgencias.

- Bendíganos, padre, y déjenos besar su cordón para ayudar a las ánimas del purgatorio. Pidió humildemente la madre de los dos jóvenes.

Después fueron a la parroquia de San Pedro donde les platicaron que el terremoto de hace unos años dejó la iglesia casi en ruinas pero que el amor que tiene el pueblo por sus iglesias hizo que rápido todos cooperaran para restaurarla y volverla a decorar.

Vieron una imagen del glorioso Arcángel San Miguel y los sorprendió muchísimo.

- ¡Parece un príncipe, mira como brilla su armadura y cómo se ven sus alas! Exclamó Santiago.

Después fueron al lugar más importante de la ciudad: la pirámide.

Clara y Santiago no estaban muy seguros de qué se iban a encontrar, se imaginaban una pirámide como las de Egipto. Cuando llegaron a la base de la pirámide les sorprendió ver una colina cubierta con vegetación y apenas unos restos de ruinas alrededor.

- ¿La pirámide está enterrada?, preguntó Clara mirando a todos lados.

- No, toda la colina es la pirámide, lo que pasa es que fue construida con barro y por eso con el tiempo quedó cubierta de pasto y árboles. Los abuelitos llaman a la pirámide el cerrito. Les aclaró D. Alejandro.

Subieron la pirámide y hasta arriba se encontraron con una hermosa iglesia antigua dedicada a la Virgen de los Remedios. Las campanas repicaban y alrededor se escuchaban fuegos artificiales anunciando alguna fiesta.

- Cholula siempre está de fiesta, puntualizó orgulloso D. Alejandro.

Desde la cima de la pirámide pudieron ver que alrededor había muchísimas iglesias con sus cúpulas y campanarios. Les dijeron que según la leyenda hay una iglesia por cada día del año.

- Antiguamente Cholula era conocida como «La Ciudad Sagrada», seguía explicando su anfitrión, que por en ningún momento se había quitado la boina roja.

Entraron al santuario y se postraron ante la imagen de la Santísima Virgen que es pequeña pero que tiene un vestido hermoso y una corona brillante.

- ¡Qué bonita es!, exclamó el padre de los jóvenes, que no pudo contener el asombro.

Entraron al camarín y se quedaron maravillados con la decoración de la capillita. Todo estaba decorado con flores y frutas que luego se volvían nubes invadidas por un montón de angelillos y con una cubierta de oro.

- Esta es la casita de la Virgen, con razón está tan bonita, volvía a insistir el padre.

Bajaron de la pirámide y les enseñaron unas ruinas de los antiguos cholultecas.

- Antes de que llegaran los cristianos a estas tierras, los indios sacrificaban humanos. Dijo con rostro serio D. Alejandro.

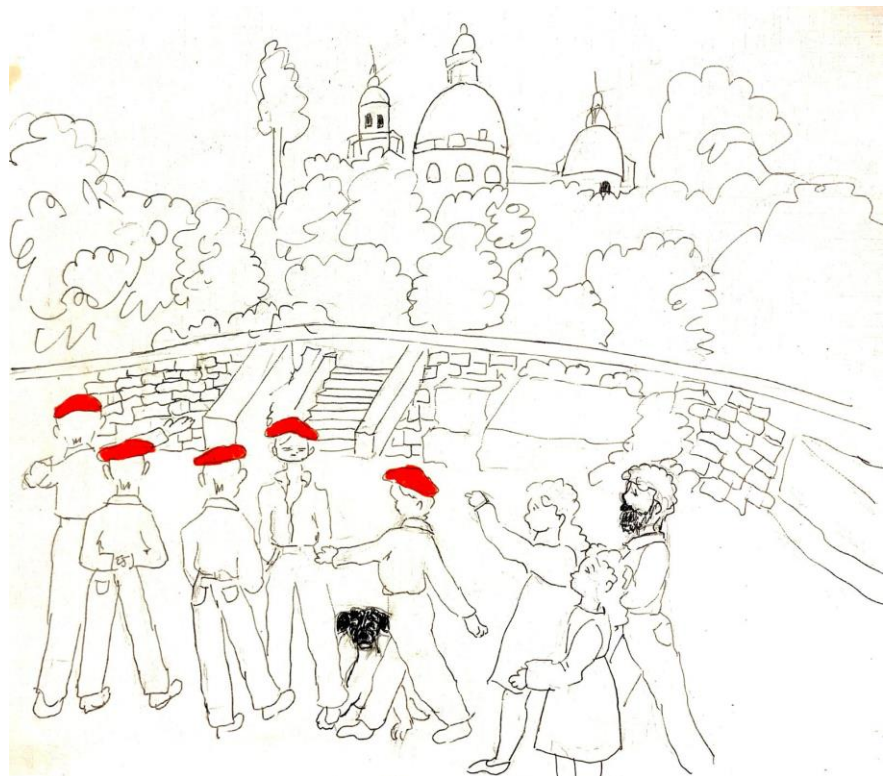
Clara y Santiago rezaron una jaculatoria en reparación por los pecados cometidos en ese lugar. Bajaron de la pirámide y se tomaron una deliciosa nieve de limón para apagar la sed que les había dado por subir y bajar. El señor de las nieves se interesó mucho por sus boinas.

- ¿De qué son esas boinas?

- Somos pelayos, somos soldados de Cristo Rey y este es nuestro uniforme. Exclamó con contundencia Santiago, con el pecho henchido de orgullo y bien pegado a su hermana, como si de Tercio de Requetés se tratara.

Al final, los niños del lugar les dijeron a Clara y a Santiago que faltaba visitar las iglesias de Santiago Mizquitla, Santa María Xixitla, San Miguel Tianguisnahuac, San Juan Aquiahuac, Santiago Colomoxco, La Trinidad Zenteocalco... Tantísimas que les harían falta muchos días para visitarlas todas.

- De veras que Cholula sigue siendo una ciudad sagrada. exclamó el padre al terminar la visita.



Madre de La Hispanidad

La Virgen de las Mercedes



La advocación de la Virgen de Las Mercedes tiene su origen cuando el 1 de agosto del 1218 la Madre de Dios se les apareció



por separado a tres ilustres barceloneses en su advocación de Virgen de la Merced: a san Pedro Nolasco, que sería el fundador de la Orden de la Merced, al rey Jaime I de Aragón y a san Raimundo de Peñafort, fraile dominico.

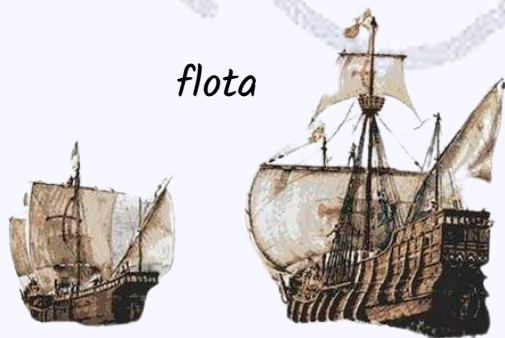


Días después, los tres se reunieron en la catedral de Barcelona y compartieron haber tenido la misma aparición de la Virgen. Ella les pedía la fundación de una orden religiosa dedicada a la redención de los cautivos. Nueve días más tarde, la orden fue fundada por san Pedro Nolasco.

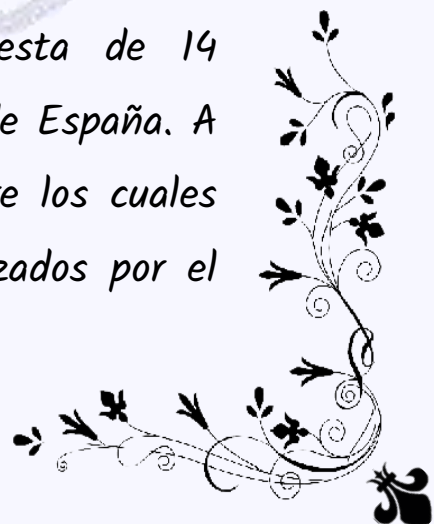
Su misión particular era la misericordia para con los cristianos cautivos de los musulmanes y los piratas sarracenos. Muchos de sus miembros, conocidos como mercedarios, canjearon sus vidas por la de presos y esclavos, calculándose en 300.000 el número de ellos.

La Virgen viaja a América

flota



El 25 de septiembre de 1493, una numerosa flota al mando de Colón, compuesta de 14 carabelas y 3 galeones, salió de España. A bordo iban 1500 hombres, entre los cuales había trece misioneros encabezados por el



padre Boíl, entre ellos dos mercedarios: Juan Infante y Juan de Solórzano. Antes de partir, Isabel la Católica les había entregado a los dos un cuadro de la Virgen de Las Mercedes que los acompañaría en su viaje a América. Es la primera advocación de la Madre de Dios que viajó al Nuevo Mundo.

Desembarcaron el 2 de enero del 1494 en un lugar elegido por Colón para establecer la primera fundación hispánica en América, y el 6 de enero, día de la Epifanía o manifestación de Dios a los hombres, se celebró la primera Eucaristía en el Nuevo Mundo, en la que participaron los 13 misioneros. Trece para que, como en la última cena, uno representase místicamente a Cristo y los restantes a los doce apóstoles, celebración que de seguro contó con la presencia del cuadro de la Virgen de Las Mercedes.

El Santo Cerro

Juan Infante, uno de los dos mercedarios, era el confesor de Colón, y en tal virtud siempre le acompañaba. Conforme a la tradición, también iba con él cuando Colón, a principios de marzo del 1495, merodeando en las proximidades del fuerte de La Concepción de la Vega, desde lo alto de un cerro, contempló extasiado la belleza del valle que él había nombrado de la Vega Real.

Sobrecogido por lo exuberante del paisaje, pensó honrar a Dios colocando en la cúspide de la montaña – por primera vez en América– una gigantesca cruz, símbolo de



la fe cristiana. Posteriormente, Juan Infante hizo construir a su lado una rústica capilla donde venerar a la Virgen de Las Mercedes. Desde entonces, ambas devociones –la de la Santa Cruz y la de la Virgen de Las Mercedes– han estado juntas en lo que hoy se llama Santo Cerro.



Colón y la Virgen de las Mercedes

El propio Colón, en su codicilo de agosto del 1505, meses antes de su muerte, le recomendaba a su hijo Diego sostener una capilla donde se orase por su ánima, como si con su índice ya vacilante señalase el Santo Cerro:

«e si esto puede ser en la Isla Española, que Dios me dio milagrosamente, holgaría que fuese allí donde la invoqué, que es en La Vega que se dice de la Concepción».

Con la llegada en el 1527 de fray Francisco de Bobadilla, Vicario General de los Mercedarios, y otros doce sacerdotes, los mercedarios se extendieron por el Santo Cerro, Santiago y Azua, construyendo en esos lugares monasterios, lo que contribuyó grandemente al afianzamiento de la devoción a la Virgen de Las Mercedes en toda la isla de La Española.



El terremoto de 1641

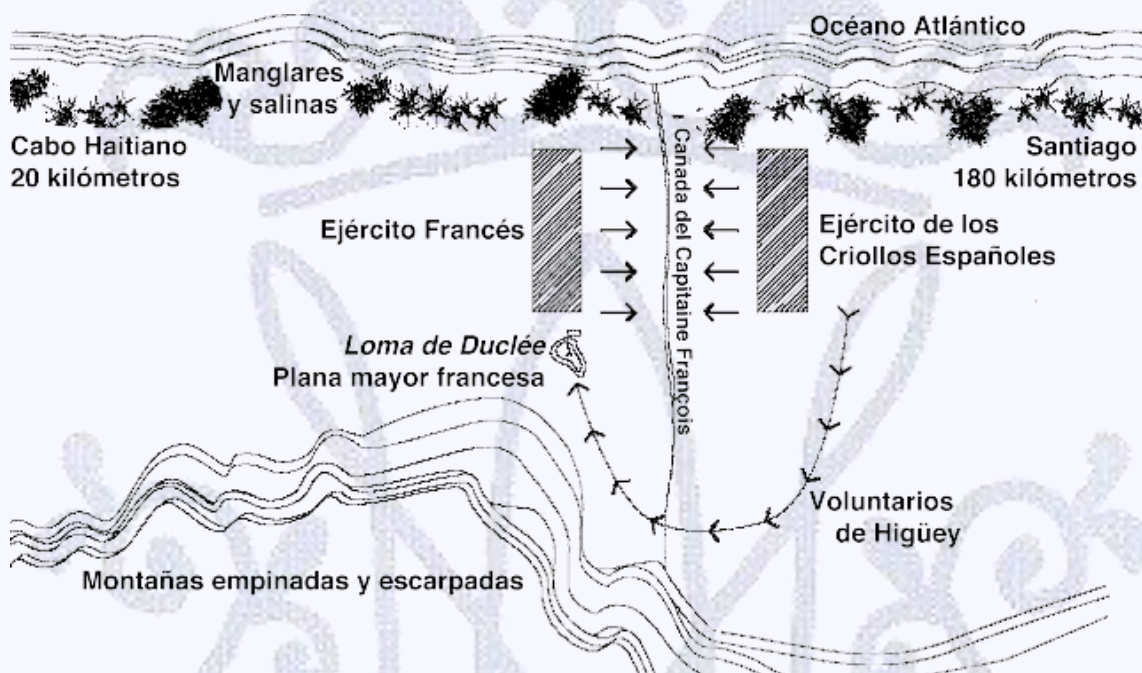
Durante los meses de agosto y septiembre de 1641, un fuerte terremoto estremeció la ciudad de Santo Domingo. Algunas crónicas señalan que fuertes réplicas se prolongaron por más de cuarenta días, con un saldo de 24 muertos. Asustados, los habitantes de la ciudad acudieron a la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes que está en el Convento de esta Orden, y, en la víspera de su fiesta de la Natividad (el 7 de septiembre), experimentaron el divino favor y sucedieron algunas maravillas. Por ello al año siguiente, 1615, la Curia y la Real Audiencia declararon a Nuestra Señora de las Mercedes patrona de la ciudad y de la isla, celebrando su fiesta el 8 de septiembre de cada año. En el 1710, por Real Cédula, su festividad es movida al 24 de septiembre.

La batalla de la Limonade



El 21 de enero de 1691, el Ejército español de Santo Domingo, al mando del maestre de campo don Francisco de Segura y Sandoval, se enfrentó al francés en la Sabana Real de la Limonade, confrontación en la que los criollos salieron victoriosos. El combate había sido

reñido, e invocaron a Nuestra Señora de Las Mercedes. En el cuerpo de la batalla había un lienzo con su imagen, mientras que los soldados de la parte oriental de la isla invocaron a la Virgen de la Altagracia, cuya acción fue determinante en el triunfo de las armas criollas.



De ahí salió fortalecida la fe en Nuestra Señora de las Mercedes y comenzó en toda la isla el culto a la Virgen de la Altagracia. La batalla tuvo lugar el 21 de enero, fecha en la cual se celebra el día de la Altagracia.

La Virgen y Toussaint

En 1801, Toussaint Louverture invadió Santo Domingo en nombre de Francia. Al día siguiente de su llegada asistió a la catedral, donde había muchos fieles orando, y requirió



del párroco colocar la Hostia en el viril, arrodillándose con las manos cruzadas en el pecho. Sus ayudantes le informaron que, mientras él hacía esto, algunas de las damiselas asistentes se sonreían sarcásticamente y, lo que era peor, le informaron que tres soldados criollos le habían dado la espalda para no saludarle.

Montando en cólera, Toussaint ordenó que al día siguiente todo el mundo se congregara en la plaza de armas con la intención de cometer un degüello general.



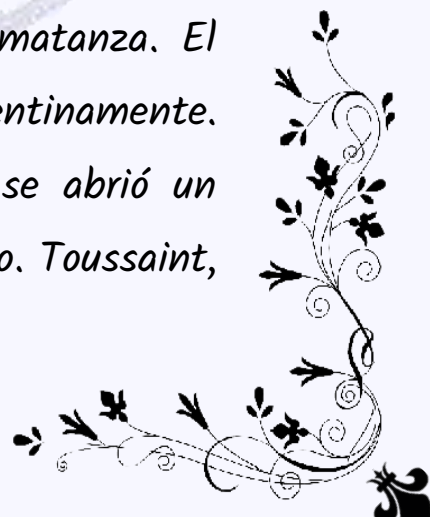
Llegado el siguiente día y congregados todos los habitantes, separados los hombres, las mujeres y los niños, rodeados por la caballería con sus sables desenfundados, listos para el degüello, Toussaint se acerca a las damas y con su bastón de mando las toca, preguntándoles:

«¿Francesa o española?»

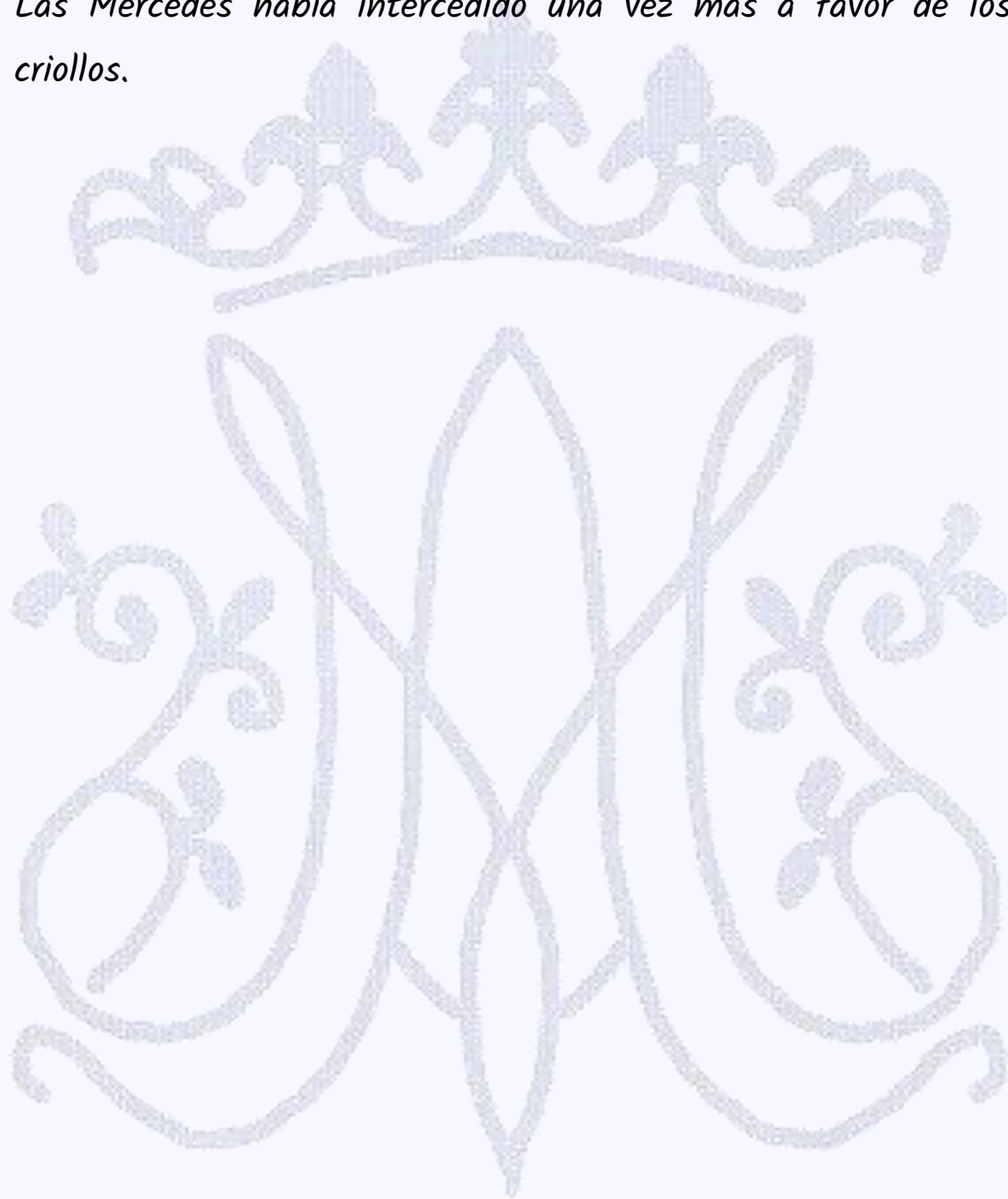
Cuando toca a Dominga Núñez, esta le reprocha:

«¡Atrevido, aprenda modales!»

Iracundo, sube a la tarima para ordenar la matanza. El cielo, claro hasta ese momento, oscureció repentinamente. Truenos hicieron temblar la tierra y, de pronto, se abrió un espacio en el cielo, apareciendo un haz de luz blanco. Toussaint,



asustado, miró la luz y ordenó que todo el mundo se retirara. Preguntado por sus ayudantes el porqué de su actitud, respondió: “¡Era ella, Nuestra Señora! ¡Yo la vi! ¡Yo la vi!”. La Virgen de Las Mercedes había intercedido una vez más a favor de los criollos.





Relatos

*(Selección de Relatos participantes en el
IV Concurso Navideño: «Los pelayos llevan la
Navidad a la escuela».)*



La verdadera Navidad

Llegaba diciembre y en los colegios se empezaba a hablar de Navidad, pero no de esa Navidad que nos habla del nacimiento de Jesús, no, sino de una fiesta meramente comercial de gastar en dulces, regalos, decorados de invierno y Papa Noel. Pero del Niño Jesús, el Belén y la Santísima Virgen María, ni rastro... Pues sí, esa era el tipo de Navidad de la que hablaban por todas partes a nuestros amigos carlistas Santiago y Teresa, y no paraban de darle vueltas a la cabeza sobre cómo dos niños como ellos podían cambiar la situación.

De repente ocurrió algo que les iba a ayudar a encontrar el modo de cambiar las cosas. O al menos podrían intentarlo. Unos días antes de que comenzaran las vacaciones de Navidad en el colegio, la profesora les encargó que hicieran un trabajo para explicar lo que significaba para ellos la Navidad, así que se encontraron ante la oportunidad perfecta, ¡por fin podrían hacer saber a sus profesores y compañeros el verdadero sentido de la Navidad!

Esa misma tarde, nada más salir de la escuela, fueron corriendo al círculo carlista de su pueblo para consultar con sus amigos pelayos y margaritas, que les propusieron varias ideas tales como: hacer un video, un mural, una charla, ... También uno propuso montar un belén carlista en la plaza principal del pueblo y que invitaran a todos sus compañeros de clase.

Al final se decantaron por hacer un pequeño mural y explicarlo con una charla a sus compañeros de clase. El capellán que había escuchado todo, se ofreció a ayudarles, idea que aceptaron gustosos. Estuvieron toda la tarde trabajando en ello, pegando, recortando, dibujando...



Al finalizar el trabajo ensayaron con los pelayos y margaritas del círculo como si fueran sus compañeros de clase, que les corregían y les daban ideas para que todo saliera perfecto.

A la mañana siguiente, a la segunda hora de clases, les tocaba exponer su trabajo.

Al principio no pareció impresionar mucho, pero palabra tras palabra les iba llamando la atención cuando explicaban que en la Navidad lo que celebramos es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que ha venido al mundo a redimirnos y que ese es el motivo de la alegría y la felicidad de estas fiestas y las tradiciones que nos han transmitido nuestros antepasados.

Cuando Santiago y Teresa terminaron su exposición, la clase rompió en aplausos, ¡el plan había funcionado! Excepto con la profesora, que era liberal hasta la medula, y a pesar del éxito que habían tenido entre sus compañeros les suspendió.

Pero a nuestros amigos Santiago y Teresa no les importaba, pues habían enseñado a sus compañeros el verdadero sentido de la Navidad, y además aprovecharon para invitarles a todos a la fiesta navideña que organizaba el círculo carlista del pueblo.



Tras unos días de espera, por fin llegó el día esperado, 25 de diciembre, y allí en el local del círculo estaban reunidos todos los pelayos y margaritas, sus familias y el alegre capellán Don Ramón con su boina roja y su inconfundible pipa, todos cantando villancicos con panderetas, dulzainas y zambombas y tomando polvorones y turrón.

No faltó tampoco ninguno de los compañeros de la clase de nuestros amigos, que se lo pasaron pipa y además salieron todos con sus boinas coloradas y blancas y con todo lo que compraron (boinas, pines, borlas...) dejaron un buen aguinaldo en el círculo y el tesorero estaba muy contento.

Dos días más tarde los pelayos y margaritas montaron en la plaza del pueblo un Belén muy bonito y organizaron un gran pasacalles con niños y mayores hasta donde estaba el portal, simbolizando la adoración de los pastores.

Acudió gente de todas partes, carlistas y no carlistas, para el asombro de todos.

Ese día nuestros amigos convencieron a muchos del verdadero sentido de la Navidad y el Niño Jesús les dedicó una tierna sonrisa desde la cuna del portal en señal de agradecimiento por la gran gesta que habían logrado.

Santiago María Baño Astinza



Pelayo sobre los almendros

—¡Pastoores, veniiid!, ¡pastorees, llegaad!, ¡aadoorad al niño, adorad al niño, que haa naaciidoo yaaa...! —cantaban a coro, entrecortada y dificultosamente con el gozo, la alegría y excitación del momento.

Lo acompañaban con la zambomba y la pandereta, todos a voz en grito en el patio del colegio, en el último día antes de sus esperadísimas vacaciones de Navidad...

—¡¡¡Caampanaa soobreee caampaaaanaaa...!!!

Sus villancicos y risas, sus sonrisas, subían hasta el cielo gris.

Una vez acabado el repertorio, y tras repetirlo en innumerables bises con las gargantas doloridas bajo sus coloridas bufandas por el esfuerzo y el frío reinante, uno de los niños tuvo la ocurrencia: con un simple pañuelo, había solucionado el problema de en qué ocupar la hora que restaba hasta que salieran por aquella puerta a la calle, rumbo a sus hogares y hasta el año próximo.

—¡Gaallinitaa cieegaaa, ¡qué se te haa peerdiidooo...?! ¡Uuuna aguja, en el pajaar...!

—¡¡¡Daa tres vueltass y encuéntralaaa...!!!



Y prorrumpieron en un grito y una enorme carcajada que lanzaron elevándolos de nuevo hasta las nubes.

Se fueron turnando los amigos, niños y niñas entre los 8 y 12 años, uno a uno en el centro del corro, como “gallinitas ciegas”, y los demás, cogidos de las manos, daban vueltas y vueltas alrededor, llamando y esquivando al ciego de turno, que se afanaba en orientarse, más o menos y como podía, en aquel patio resbaladizo como una alfombra húmeda conformándose con no tropezar ni pisar ni engancharse ni caer con aquellos vestidos coloridos de ellas y el endeble calzado de ellos y ellas, y en intentar atrapar a alguno de los otros pollitos, que tal era el objetivo del juego.

Ya habían rotado todos ellos, y cada uno estaba ya en su tercer o cuarto turno de gallinácea.

Pelayo, el monaguillo del convento cuya tapia daba pared con pared con el colegio, hacía poco más de media hora que se había puesto a recolectar unas lechugas verdísimas y unos dulcísimos nísperos, y, antes de dar de comer a las gallinas —y al gallo, el despertador del convento—, debía regar el huerto con varios baldes de agua (no, su trabajo no era en balde para la comunidad). Una labor ardua, pero que a él le satisfacía y para la que se ofreció, siempre positivo y entregado con su eterna sonrisa, desde que llegara a la congregación hacía unos pocos meses.

Los distintos aromas de las frutas no dejaban de embelesarlo (sólo con su olor podía distinguirlas, desde lejos), tanto como las flores del jardín, o las de los almendros, y las hojas de la



higuera y el azahar y las naranjas valencianas... Lo mismo que embriagaban los olores y los diversos colores de las flores del prado —empezando también por las de los almendros— a los amiguitos que no paraban de danzar, correr, brincar, cantar y jugar al corre-que-te-pilla de la gallinitas ciegas, los mil tonos y matices cromáticos de que disfrutaban alrededor, aquello parecía un cuadro (de Sorolla), un paisaje romántico, y ellos los modelos retratados en un rápido esbozo atrapados en un breve momento improvisado, en un lance de juego en una escena bajo la luz grisácea que tamizaban las nubes.

El monaguillo de la sotanilla “rojo cardenal” y los zancos iba mientras a alimentar a las otras gallinas, las del convento, con los restos de comida de la congregación y con los de su propio y modesto plato de chapa.

El jovencito Pelayo elevó su cara al cielo: barruntaba tormenta, y una buena. Parose a oír el mensaje de las nubes y el viento, y, entonces, una racha le trajo algo nuevo...



Eran unas voces, se diría, parecía que de niños, que reían. Los alumnos del colegio del Sagrado Corazón, que hoy celebraban las Fiestas y su último día. La alegría de los chicos traspasaba aquellos muros. Pelayo se sonrió.

Pues como no se anduviesen con cuidado se irían empapaditos a casa, por mucho que corrieran, pensó Pelayo con una sonrisa pícaro y juguetona.

Según aguzaba más su oreja y su oído —lo tenía muy bueno—, mejor llegaba hasta él el jolgorio del grupo de escolares. ¿Jugaban a algo? Se diría que sí. Parecería que estaban muy contentos. Primero los villancicos y ahora los juegos. Oía sus voces cada vez más faltas de aliento (a pesar del aire que ya soplaba). Que se divirtiesen, claro que sí, hacían bien.

Pelayo pensó que el corral bien podría esperar un par de minutos —hasta que la campanilla dorada repiquetease llamando al Ángelus aún restaba como hora y media—, esperar a que él trepase a la escalera de mano que permanecía siempre apoyada en la tapia, subir y “pegar” un poco la oreja y curiosear. Y, dicho y hecho, Pelayo subió los endebles peldaños de aquella endeblísima y endiablada escalerilla, subió aquellos más de dos metros —él no tenía vértigo— con su acostumbrada agilidad (algún travesaño parecía no poder aguantar ni su eximio peso), y escaló hasta situarse en lo más alto, por encima de la vieja empalizada, a un lado del antiguo belén de barro franciscano que él mismo montaba cada año y de la pequeña imagen a la que cada día pedía a la luz de sus farolillos por sus hermanos y por todos cada vez que laboraba —ora et labora—.

Los niños también habían dispuesto con toda la ilusión su propio belén en la entrada del colegio, un nacimiento que crecía cada año como ellos mismos... El pesebre, con la mula y el buey, los Reyes Magos (los mismos que vendrían en carne, hueso y camello en sólo dos semanas, cargados de regalos y esperanzas), y, en el centro de todo, la Virgen, José y el Niño..., Jesús. Alrededor los pastores acercándose hacia allí, hacia la cuna luminosa, allá el puente sobre el río de papel de plata, y los patitos nadando sobre él. También tenían un árbol en el colegio junto al belén, un abeto tamaño



mini, con sus bolas de mil colores, sus cadenas doradas y plateadas, y, en su cúspide, la estrella anunciadora...

Mientras, Pelayo, desde allá arriba de la escalera, sobre la tapia y las ramas de los almendros, Pelayo gozó del espectáculo.

El viento húmedo de aquellas nubes cargadas le dio en la cara. Eso le hizo sentirse aún más vivo. Hasta sintió unas pequeñas gotas en sus ojos. Aspiró fuertemente, hinchando sus pulmones. El viento le mecía los cabellos. Pelayo se sonrió.

—¡Gaalliinitaa cieeeega...!

—...¿Quéé se tee haa peerdiidoo...?!

Sus voces delataban cuán extasiados estaban con el juego...

Alternaban tales gritos con los villancicos que no terminaban de marcharse:

—¡Veiinticincooo de diicieembree...!

—¡Fum, fum, fuuumm!

Reían. Pelayo reía. Se descubrió moviendo su cara al ritmo de las cancioncillas, y su corazón comenzó a latir más fuerte mientras bebían los peces en el río.

Y siguieron los niños con:

—¡Gaalliinitaa cieeeega...!

Parecía que participaba del mismo juego que ellos, se movía allá arriba —contoneando la escalera y peligrando su contrapeso y su esqueleto— como si esquivase las carreras de los chiquillos, como si pudiera atrapar a uno de aquellos niños o como, si en cualquier momento, la gallinita lo fuera a atrapar a él allí empinado —en perentorio equilibrio— en lo más alto.

—¿A quién le toca ahora?! —preguntó uno.

Pelayo hubiese dado cualquier cosa por alzar el dedo postulándose y bajar por aquella escalerilla pero por el otro lado y sumarse por un momento al juego y la diversión en el patio del colegio y hacer él de gallinita ciega. Total, él no necesitaba el pañuelo desde que nació.

Los iluminó un relámpago.

Diego Fernández Sánchez



Pelayos y pesebres

I

Hay una escuela en el pueblo
de Santo Tomás de la sierra,
con una pareja de aulas
pero una sola maestra.

La misma que ha encomendado
que en la reunión de nochebuena
a celebrarse en la plaza,
todos los niños que puedan,
cuenten aquello más bello
o importante de aquellas fiestas

Varios, al toque del timbre,
salen corriendo hacia sus tierras
y en tantos juegos se olvidan
de esta importante tarea.

Pero al llegar el gran día
justo a tiempo la recuerdan,
trabajando hasta última hora
para dejarla completa.

Mientras, en toda la plaza
están las mesas ya puestas,
con muy variada comida
que a los vecinos deleita.

Y el pueblo adornado

con guirnaldas y carteleras,
que el generoso bolsillo
de un agua gaseosa dispensa.



II

Cuando llegada la hora
se anuncia a los niños que llegan
unos van junto a sus padres
y otros solos según puedan.

Algunos van con adornos
como luces navideñas,
otros con las botas rojas,
esas con basta de felpa,
y algunos llevan chocolates
o catálogos de las tiendas.

Pero dos niños cristianos,
pelayos, sin que lo sepan,
apenas al fin de la clase,
corrieron hasta la pequeña
capilla, pidiéndole al padre
Ramón que se les uniera
en algo que habían pensado,
para mostrarlo en la fiesta.

Habían pedido prestados



al mayoral de la hacienda,
una vaca y un cochino
a cambio de hacer la cerca
nueva y quitar a la antigua
que estaba gastada y vieja.

Y a doña Consuelo del Campo
pidieron la burra de su molienda.
Pero ella, en lugar de cobrarles
les dio además la ternera,
con hierba traída del monte
para que durante la fiesta,
cuando llegara el momento,
regaran la plaza con ella.

III

Los llaman, preparan la plaza.
Los vecinos se desesperan.
—Han convertido este sitio
en una especie de selva
—Ríe un vecino jocosos,
mirando hacia la maestra.

Mas doña Consuelo sonrío
—Christian, Santiago, vengan
—les llama su profesora,
y los pelayos se acercan;
uno jalando animales

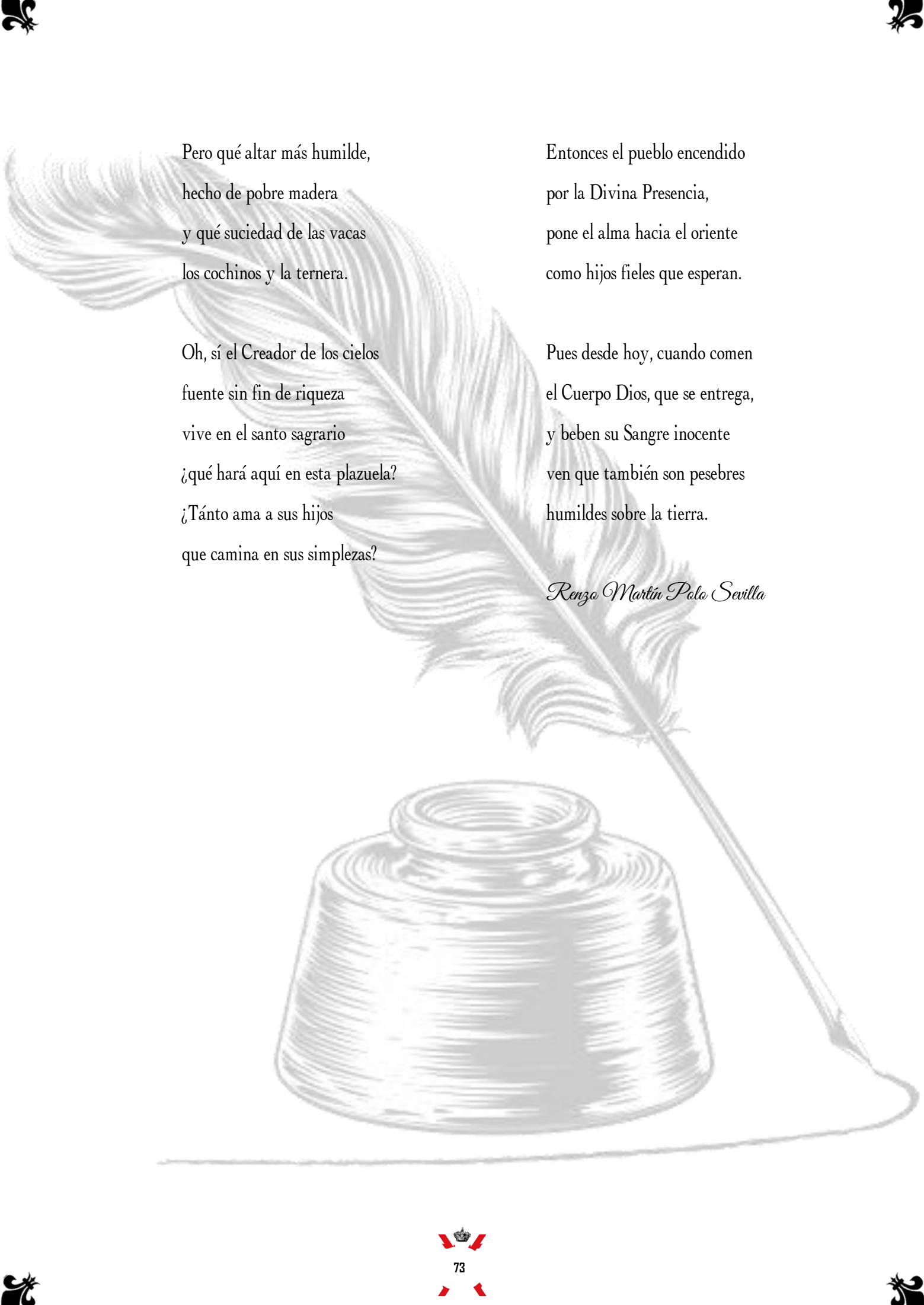
y el otro un pequeño pesebre
que en tablas viejas hicieran.

Aunque la gente los mira
y ríe, no tienen vergüenza.
Ponen su humilde pesebre
en el centro de la escena.

Se apagan todas las risas
Y se sienta la maestra
cuando portando el sagrario,
sale el padre de la iglesia.
Cruza la plaza y camina
rodeado por hombres y bestias.
Luego, cubriendo el pesebre
que los pelayos hicieran,
pone sobre él una fina
tela extendida y la puerta
del sagrario ubica al oriente,
mientras que el pueblo ya reza.

Titilan sin pausa las luces
y las guirnaldas se vuelan
pero los vientos no apagan:
agitan el brillo en las velas.
Y así, con palabras del salmo
la Santa Misa comienza.





Pero qué altar más humilde,
hecho de pobre madera
y qué suciedad de las vacas
los cochinos y la ternera.

Oh, sí el Creador de los cielos
fuente sin fin de riqueza
vive en el santo sagrario
¿qué hará aquí en esta plazuela?
¿Tánto ama a sus hijos
que camina en sus simplezas?

Entonces el pueblo encendido
por la Divina Presencia,
pone el alma hacia el oriente
como hijos fieles que esperan.

Pues desde hoy, cuando comen
el Cuerpo Dios, que se entrega,
y beben su Sangre inocente
ven que también son pesebres
humildes sobre la tierra.

Renzo Martín Pala Sevilla

¡Sabías qué?

El sorprendente viaje de Don Carlos desde Portugal a España (2ª parte)

A partir
pensaba
aquella

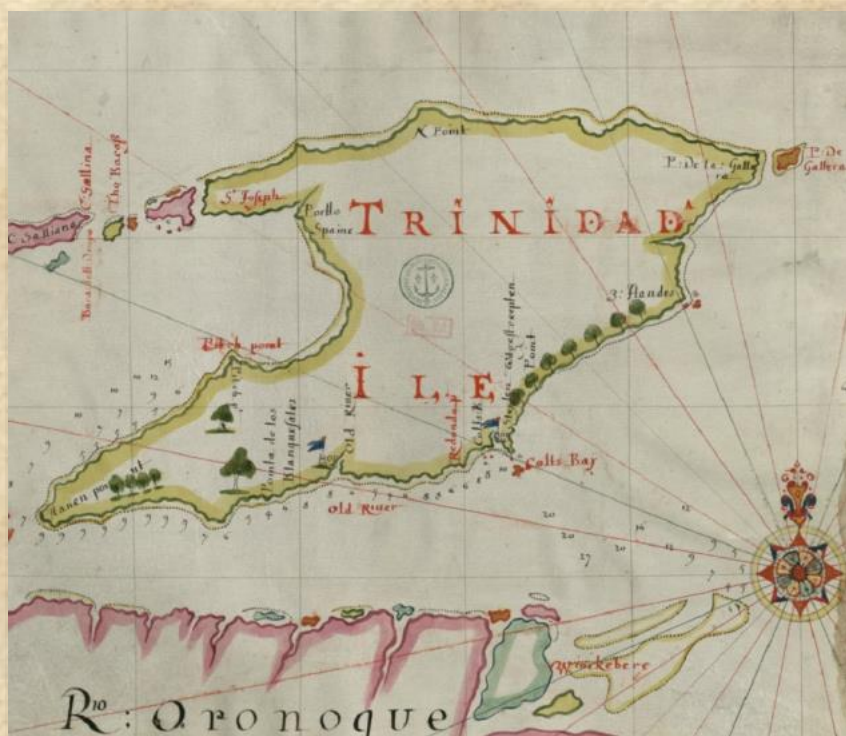


de entonces, Don Carlos solo
en el modo de salir de
jaula dorada en la que le
tenían encerrado los
ingleses y llegar cuanto antes
a Navarra donde le esperaba
un ejército de leales.

Como ya explicamos en la
primera parte de esta aventura,
Don Carlos encargó a Louis
Xavier Auguet de Saint-
Sylvain que organizara los
preparativos para el
viaje.

El primer objetivo era conseguir unos pasaportes que les ayudaran a salir del país con una identidad falsa. Para ello contaron con la ayuda de un banquero de Londres amigo de la causa legitimista.

Después de haber estado consultando qué tipo de pasaportes convenían, urdieron el siguiente plan: Don Carlos y su acompañante se harían pasar por dos colonos de la Isla Trinidad, que en aquellos tiempos estaba bajo dominio inglés pero había sido española durante varios siglos y por lo tanto la mayoría de sus habitantes todavía hablaba en su idioma. De este modo no resultaría sospechoso que Don Carlos hablase en español durante la travesía.





En los pasaportes entregados aparecían estos nombres:

Alonso Saez (negociante) para Don Carlos

Tomás Saubot (hacendado) para Louis Xavier Auguet.

Junto a esta documentación, el militar francés se encargó de recopilar periódicos y una amplia información sobre aquella isla (como nombres de los principales habitantes) para salir airoso ante cualquier pregunta.

Para engañar a las autoridades y sobre todo a los agentes que tenían los gobiernos de Francia y España en Inglaterra, el

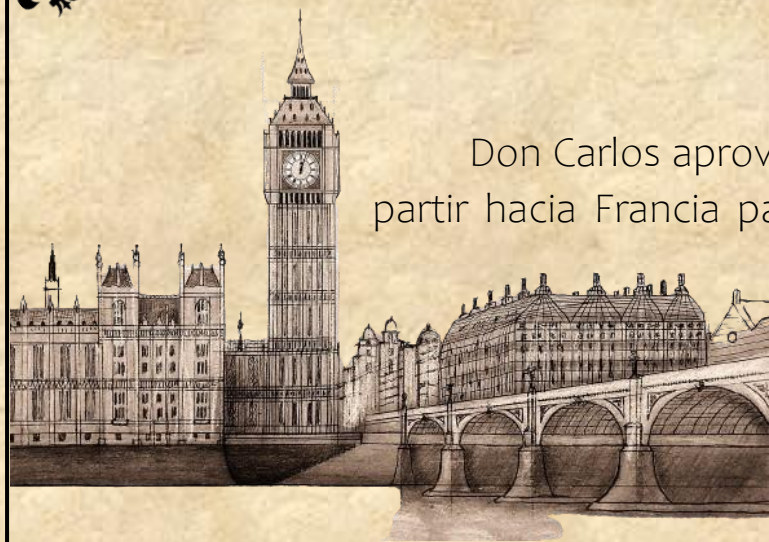


ayudante de Don Carlos hizo llegar su pasaporte francés auténtico a la embajada para visarlo con destino a Hamburgo y este se encargó de que afines a la causa carlista y amigos supiesen que estaría en la ciudad germana. Se hizo correr el rumor de que tal viaje al norte de Alemania tendría por objeto recibir a dos barcos españoles con 200 oficiales carlistas a bordo.

A pesar de todo, el gobierno de la Regente María Cristina ya estaba informado de la pronta vuelta a España de Don Carlos y esperaban su entrada a la península a través de los puertos de las costas de Guipúzcoa y Vizcaya. Barcos ingleses, franceses y españoles vigilaban la costa del Mar Cantábrico para evitar su llegada a toda costa. Por este motivo, Don Carlos se convenció de que lo más seguro era ir por tierras francesas hasta España, pues de intentarlo a través del Cantábrico se corría un riesgo elevadísimo de perecer o caer preso de los cristinos. Finalmente se fijó la fecha del 1 de julio como el día de partida hacia Francia.

Se acordó que la familia real partiría desde Portsmouth (el 22 de junio) hasta Londres, donde el gobierno inglés les asignó como residencia Gloucester Lodge, mansión situada cerca de Old Brompton en el elegante barrio de South Kensington a poca distancia de Hyde Park.





Don Carlos aprovechó los días que restaban hasta partir hacia Francia para hacer turismo por Londres y visitar todo lo que fuera digno de interés.

Asimismo, el barón le dio las siguientes instrucciones acerca de la relación que debía tener con las personas de su residencia el día de la partida, 1 de julio. Fueron éstas:

- ✓ Don Carlos saldría con el señor Manuel Aznárez (antiguo agregado en la embajada de Cerdeña) a la hora del paseo, hora fijada: las seis de la tarde.
- ✓ En la primera plaza, a 1 milla de su residencia, cogerían un carruaje que los llevaría a Welbeck-Street, junto a Cavendish Square. En una casa de esa calle les esperaría el barón y allí Don Carlos debería afeitarse el bigote y hacer teñir el pelo.
- ✓ Al anochecer, se diría en Gloucester-Lodge que Don Carlos había regresado del paseo con una fuerte jaqueca que le obligó a meterse en cama.
- ✓ Tanto su médico personal como su ayuda de cámara eran de toda confianza y estaban al tanto de la trama. Estos deberían entrar en sus aposentos y el primero escribiría una receta al supuesto enfermo que mandaría a casa de un boticario para que las personas de la servidumbre no dudaran de la indisposición del Infante.
- ✓ Doña Francisca de Asís (esposa de Don Carlos), la princesa de Beira y el Obispo de León debían pasar varias horas al lado de la cama del enfermo.
- ✓ Sólo ellos tendrían acceso al dormitorio de Don Carlos (ni siquiera los infantes hijos podrían entrar). Tampoco el



gentilhombre de cámara que sólo se mantenía fuera a la puerta del aposento.

En el caso de que se hubiese descubierto en Londres la partida de Don Carlos, se haría partir a dos gentilhombres en un carromato en dirección al castillo de Lulworth y publicar en los periódicos que Don Carlos había ido a visitar esa antigua residencia de Carlos X con el objeto de mudarse allí más adelante con su familia.

En la mañana del día 1 de julio, tal y como se había planeado, se reunieron Don Carlos y el barón de los Valles para coordinar las últimas disposiciones del viaje de incógnito. El barón le dijo estas palabras: *«Señor, este es el último homenaje que rindo a Su Majestad, a partir de esta noche cambiaremos de papel. V. M. tendrá que obedecerme a mi hasta que lleguemos a sus estados, y entonces cada uno volverá a ocupar su puesto»*. Don Carlos contestó que consentía de todo corazón este cambio.

El barón fue seguidamente a despedirse de todas las personas de la corte comunicándoles que iba a partir para Hamburgo. El barón tomó un coche con dirección a la casa de Welbeck Street adonde llegó a las seis de la tarde. Don Carlos debía llegar allí media hora después. Sin embargo, había pasado una hora y este seguía sin llegar, lo cual inquietó sobremanera al barón.



El motivo de su retraso fue la despedida de sus fieles, pero en especial de sus 3 hijos, hijos que no sabía si volvería a ver y de su mujer, cuya despedida si fue para siempre (fallecería en Alverstoke Rectory, Hampshire, en septiembre de ese mismo año).

A las siete y media llegó Don Carlos a la casa acompañado del fiel Aznárez. El barón le presentó a los dueños de la casa quienes se encargaron de afeitarse, teñirle el pelo y disfrazarle. Mientras el barón se ausentó para realizar algunos preparativos y cuál sería su sorpresa al regresar a la casa de encontrarse allí al obispo de León y al secretario del obispo. Estos habían ido allí para entregar el sello real que Don Carlos había olvidado. El obispo de León aprovechó para convencer al Infante, *in extremis*, de que abandonara la intención de fuga por el peligro que corría. Pero Don Carlos insistió en que seguiría adelante pues algo le decía que la empresa tendría un final feliz. Así que poniéndose de rodillas ante el obispo le pidió su bendición.

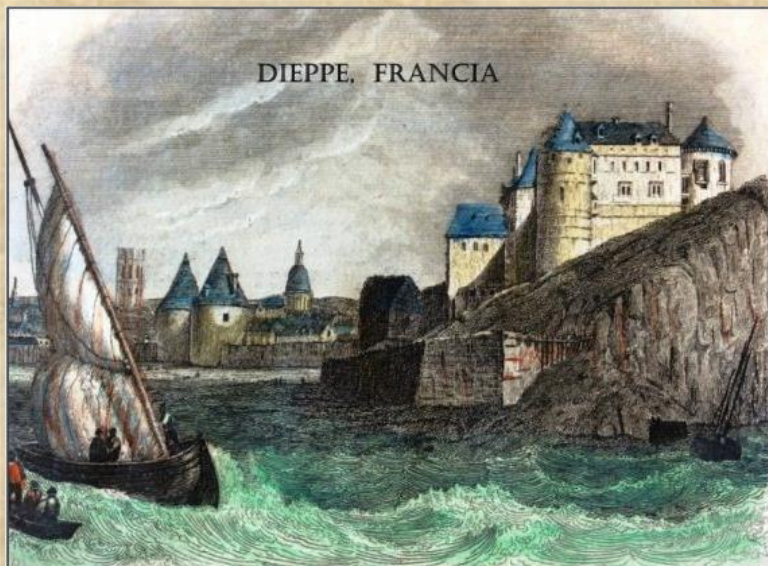
A las doce de la noche Don Carlos ya disfrazado y el barón subieron al carruaje con destino a Brighton a donde llegaron a las siete de la mañana. En Brighton les esperaba un barco con su tripulación para llevarlos con destino a Francia.



Embarcaron a bordo del yate Lulworth que fue comprado por el reclamante por la suma de 550.000 francos. Dicho barco era uno de los más bellos y veloces del club de yates.

La travesía duró unas doce horas, pero el mar estaba tan revuelto y las olas tan grandes que Don Carlos tuvo mareos durante casi todo el viaje. Hacía las cuatro de la tarde ya se veían las costas de Francia. Antes del desembarco el barón, que conocía bien las costumbres y leyes de su país, advirtió a Don Carlos de cómo proceder con los aduaneros. A las ocho de la noche desembarcaron en el puerto

de Dieppe. La fuga de Inglaterra había sido un gran éxito. Ya estaba en suelo galo, pero aún faltaba cruzar toda Francia.



Continuará...

Colorea los personajes de Pelayos

Ahora puedes colorear a todos los personajes de Pelayos: reinas, caballeros, margaritas, soldados, santos, Concilios y batallas, conquistas y victorias, ... ¡toda la Hispanidad para colorear!





Reina Isabel la Católica



Reina Isabel la Católica
rodeada de sus consejeras






Fernando III el Santo

Recibiendo vasallaje de los moros



*Mercenarios españoles
entrando en batalla*







Pelayos

Trivial

- ¿De qué color era el uniforme de los requetés durante la Cruzada de 1936? a) Azul b) Rojo c) Caqui
- ¿De qué dinastía eran los reyes que consumaron la Reconquista? a) Casa de Trastámara b) Casa de Borbón c) Casa de Habsburgo
- ¿Cuál es el nombre del archipiélago español en el Atlántico formado por siete islas principales? a) Islas Galápagos b) Islas Canarias c) Islas Baleares.
- ¿En qué consiste el trilema carlista? a) "Por la Reina y la Constitución" b) "Dios, Patria, Rey" c) "Libertad, Igualdad, Fraternidad"



Pelayos

Trivial

- ¿Dónde y cuándo rompió el requeté el llamado cinturón de hierro? a) En la Batalla del Ebro en 1938 b) En la Batalla de Teruel en 1937 c) En la Batalla de Bilbao en 1937
- ¿Bajo qué rey se reunificó España al incorporarse el reino de Portugal? a) Felipe II b) Isabel de Castilla c) Fernando III.
- ¿Cuál es el pico más alto de los Pirineos? a) Aneto b) Mulhacén c) Moncayo
- ¿En realidad, ¿qué significa el trilema? a) Es un simple eslogan partidista b) Una emocionante consigna militar c) Orden justo de prioridades en la vida



Pelayos

Trivial

- ¿Cuándo comenzó la Primera Guerra Carlista? a) Siglo XV, en 1492 b) Siglo XVII, en 1789 c) Siglo XIX, en 1833
- ¿Bajo qué rey se reunificó España al incorporarse el reino de Portugal? a) Felipe II b) Isabel de Castilla c) Fernando III.
- ¿Dónde se encuentra el volcán Arenal? a) España b) Méjico c) Costa Rica
- ¿Con qué otro término se refieren a los carlistas?



Pasatiempos

Trivial



- C
- A
- B
- B



Trivial



- C
- A
- A
- C



Trivial



- C
- A
- C
- Legitimistas.



Trivial Carlista

Carcionista

Carlitas:

*Queremos Rey que reina
y no sombra de Rey,
amante del pueblo,
custodio de su ley.*

*Si el masonismo infame
nos llega a dominar,
a nuestro esfuerzo incumbe
hacerlo fracasar.*

*Queremos Rey de veras
de sana institución,
que vele por la Iglesia,
que salve la Nación.*

Corona y manto real

Don Sixto ceñirá,

y así de esta manera

España triunfará.



Tienda Carlista



<https://tiendacarlista.com/>

